

REVISTA EUROPEA

NÚM. 297.

2 DE NOVIEMBRE DE 1879.

AÑO VI.

ANNAM Y LOS ANNAMITAS

Entre las diferentes formas que un viajero puede adoptar para describirnos sus impresiones y sus observaciones, la del Diario es la considerada como ménos aceptable. Es también la que ménos sostiene el interés, porque el Diario, aún el más completo, está sembrado de incidentes fatigosos para el lector. Las tribulaciones que el autor ha experimentado y los peligros que ha corrido nos conmueven poco á larga distancia, siéndonos indiferentes con más razón las comidas que ha hecho y los albergues que ha encontrado. Si el Diario es de un marino, esta indiferencia es todavía más grande. El estado del mar, la orientación del viento y los pronósticos meteorológicos, cosas muy interesantes para él, no lo son en modo alguno para nosotros. Preciso es, pues, admirarse de que M. Dutreuil de Rhins haya podido insertar en el libro que ha publicado, con el título de *El reino de Annam y los annamitas*, muchas páginas de Diario sin amenguar el placer que nos proporciona con sus agradables y animados cuadros.

Y consiste esto en que la aventura personal de M. Dutreuil de Rhins contiene la descripción de un estado social y de un orden político de cosas que ningún observador no interesado en la causa hubiera podido hacernos conocer tan perfectamente. Es preciso haber vivido con la raza mongólica, haber estudiado día por día los hechos por los cuales se revela su carácter, para dar de él al lector europeo una idea exacta. Además, el autor de *El reino de Annam y los annamitas* está, como narrador y pintor, en la favorable situación del que no esperaba lo que ha encontrado, para quien todo se vuelve sorpresas y agradables impresiones; como hombre que lo ha aprendido todo por su propia experiencia y á sus propias expensas.

Oficial de la marina francesa, partió en 1876 como capitán de un buque de guerra que el Gobierno francés acababa de regalar al Gobierno annamita, y pasó al servicio de

éste, con las ilusiones de un francés que, reconociendo su superioridad respecto al pueblo á que va á prestar sus servicios, se imagina ser recibido con alegría y tratado favorablemente. ¡Cuáles no serían sus sinsabores al encontrarse á las órdenes de una jerarquía de mandarines, cien veces más ignorantes, orgullosos y rastreros que los de la China! Nada podría ponernos mejor al corriente de la situación de Annam que las relaciones que ha tenido M. Dutreuil con sus singulares superiores.

En primer lugar, el rey Tu-Duc es, como ya sabemos, un personaje invisible. Encerrado en el palacio de Hué tras una triple muralla, á nadie, como no sea mandarin, le es permitido acercarse á S. M. Cuando va de cacería ó á ofrecer un sacrificio, se forma el vacío ante él, de modo que las clases populares nunca han podido ver su rostro. De aquí resulta que no ve ni obra más que por los ojos y con las manos de sus mandarines, bajo cuya tutela puede decirse que está. Hallándose, sin embargo, dividido el mandarinado en nueve clases, y cada clase en diez grados, conserva el rey algún poder, porque en él reside la facultad de conferir los grados. En Annam, como en China, el mandarinado es una nobleza privilegiada, pero vitalicia, que oprime ó abrumba al pueblo y que todo lo alcanza del soberano, el cual dispone de la vida de sus súbditos sin proceso, lo mismo que sus representantes los mandarines disponen de sus bienes. Las exacciones de estos últimos no tienen límites.

La idea de cargo honorífico es tan extraña para los pueblos asiáticos como la idea del honor; en toda la escala jerárquica se consolida la superioridad social por medio de la expoliación, porque el principio en que se fundan estas antiguas sociedades es el de que el rey es el único propietario del suelo, no siendo los súbditos más que usufructuarios, y este principio da sus frutos. El mandarin letrado, que ejerce las funciones de general (en Annam el empleo no tiene ninguna relación con la educación especial del funcionario), encuentra tan natural guardarse el sueldo correspondiente á sus soldados, que no hace un misterio de ello; quédase con sus

raciones de arroz y las vende públicamente como cosa que le pertenece. ¿De qué serviría, sin esto, ser general y mandarin? En aquel país no se concibe que un hombre esté por encima de otro más que para poder quitarle lo que tiene, hacerle trabajar y maltratarle. Pero como es preciso, después de todo, mantener al soldado, sus jefes le envían á «cortar leña», es decir, á merodear en las propiedades de los aldeanos; y, en efecto, ¿de qué serviría, piensa el soldado, llevar armas, si no se hiciera uso de ellas para apoderarse de lo que posee el que está desarmado? Del mismo modo el mandarin letrado que ejerce funciones de almirante no comprende que existan tales cargos en el mundo si su desempeño no es provechoso. Y así se explica que no haya nunca soldados ni marineros á bordo, ni carbon en los pañoles, y que, sin la vigilancia de M. Dutreuil, el *Escorpion*, que él mandaba, hubiera sido despojado de todos sus adornos de cobre y de la mitad de sus aparejos, por el mandarin comisario del Gobierno.

Las relaciones del capitán francés con este personaje, son la cosa más curiosa y más instructiva del mundo. Coclés (tal es el nombre que M. Dutreuil le da) nunca había puesto los piés á bordo de un navío antes de haberle encargado su gobierno la administración del *Escorpion*. Tenía un miedo horrible al mar, y todo su afán era que el buque permaneciese anclado; detestaba á los franceses, su activa vigilancia y su incorruptibilidad, y pasaba su vida en hacer falsas relaciones al primer ministro del rey Tu-Duc, desnaturalizando los actos del capitán Dutreuil, y suscitando á éste obstáculos de toda clase. Cuando, agotada la paciencia, el oficial francés le enseñaba su sable proponiéndole un duelo, el mandarin se echaba á sus piés golpeándose la cabeza contra el suelo y dando muestras de la más honda desesperación. Después se desquitaba al verse rodeado de mandarines de su especie. Creyendo no ser comprendido, porque M. Dutreuil entendía poco el annamita, hablaba con el mayor desprecio de Francia y de los franceses. Para él no eran éstos hombres civilizados, sino bárbaros, ninguno de los cuales tenía el honor de ser mandarin, y cuya presencia tenía Annam la desgracia de verse obligada á tolerar por el momento.

Sin embargo, el odio y el temor que aleja á los mandarines de los hombres de Occidente, y en particular de los franceses, tiene su perfecta razón de ser. Como dice M. Dutreuil

de Rhins, somos para ellos horribles comunistas. El pueblo, si hubiese pueblo en Annam, tardaría poco, por el contrario, en sentir simpatías hacia nosotros. Aun en el estado de ignorancia en que se encuentra, tiene una secreta confianza en los europeos; en las ínfimas clases de la nación annamita, es en las que nuestros misioneros hacen sus conquistas; hoy, lo mismo que hace diez y ocho siglos, «se anuncia el Evangelio á los pobres». En cuanto á las clases privilegiadas, es decir, á las nueve del mandarinado, desprecian á los cristianos, que profesan una religión de igualdad. M. Dutreuil se apercebía de que aquellos mandarines que le lisonjaban á puerta cerrada, afectaban no conocerle cuando se encontraban en público. Estar unido con un cristiano, es casi un delito de alta traición; en todo caso es, por lo ménos, rebajarse; y los mandarines tenían un especial cuidado en conservar su dignidad á los ojos de sus administrados.

El alejamiento de los annamitas respecto á los europeos, no se funda solamente en la razón de Estado; tiene sus causas históricas. Desde tiempo inmemorial, la China ha sido el centro de atracción del extremo Oriente. A los ojos de todos sus vecinos, el brillo de aquel imperio oscurece todos los resplandores. M. Dutreuil ha encontrado esta impresión hasta en los aldeanos de Annam, gente más accesible, sin embargo, á las ideas verdaderas que los interesados mandarines. Hé aquí la conversación que tuvo con su piloto, hallándose éste ocupado en contar un montón de sapeques (pequeña moneda del país) de los que tenía medio lleno su sombrero:

—¿Qué es eso, Than? ¿Os ha tocado hoy á vos robar á algún mandarin?

—¡Oh! No, capitán; es que he estado jugando con dos chinos en Kien-Denoc, y les he ganado.

—Entonces debéis ser buen jugador, porque los chinos no son torpes. ¿Los quieren en este país?

—Viven como nosotros; se casan con mujeres annamitas, y se dedican al comercio.

—¿Y se entienden bien con los annamitas?

—Sí.

—¿Por qué no son más numerosos?

—Porque no quieren el Voua (el rey) y los mandarines.

—Por todas partes se les encuentra; yo los he visto entrar en la ciudadela.

—Para los annamitas, los chinos son hermanos; tenemos las mismas costumbres. Y,

en cambio, los demás hombres son temibles y aborrecidos extranjeros.

A juzgar por lo que decía Than, los annamitas no experimentaban hacia nosotros más que una gran desconfianza, que, explotada por los mandarines, había tomado el carácter de odio. Lo que más me sorprendía, añade M. Dutreuil, era su profundo respeto y su admiración para con los chinos, el primer pueblo del mundo, según él.

—¿Cómo vos, que estimáis á los franceses y preferís su administración, vos que habeis visto á Saïgon, sus palacios, sus hermosas casas, sus grandes buques de vapor, todos los productos de nuestras artes y de nuestra industria, cómo, repito, podeis creer á los chinos superiores á los europeos? Y la Conchinchina no es nada en comparación con Francia, donde hay ciudades más bellas que Saïgon, y diez veces más grandes que Hué.

—Pero la China es mayor todavía, y en ella se encuentran muy buenas cosas. Hay palacios, casas más grandes, más cómodas, muchos soldados y vapores, como en Saïgon. Los chinos hacen más comercio que los hombres del Oeste, y hasta en Saïgon son los más importantes y más ricos. Yo no he visto en Canton carruajes movidos á vapor ni telégrafos; pero los chinos, que tantas otras invenciones tienen hechas, se servirían de aquéllos si los juzgasen de utilidad.

Un embajador annamita que volviera de Francia, añade M. Dutreuil, no hubiera hablado mejor á S. M. Tu-Duc.

Las ideas de aquel bravo annamita, hombre un poco más instruido y más despejado que sus compatriotas, no eran inspiradas por el amor á su soberano y á los mandarines, ni aun por el espíritu de raza; Than había viajado y había comparado; había sido bien tratado por los franceses, y se dedicó con preferencia á su servicio; pero juzgaba como juzgar debe un pueblo cuyo ideal ha sido siempre el derecho divino del Hijo del cielo, apoyado en la fuerza y la grandeza material, tal como ella sale de la riqueza y de la extensión de un reino. De grandeza intelectual y moral no podría cuestionar con ellos.

M. Dutreuil de Rihns, como capitán de un aviso annamita, dependía en primer término del rey, al que nunca pudo ver la cara; después del ministro de Marina; luego de dos mandarines, uno de segunda y otro de tercera ó cuarta clase, que ejercían las funciones de comisario y subcomisario del Gobierno. Mucho tenía que hacer para impedir á éstos

que saqueasen el buque y para obtener del ministro de Marina los aparejos y reparaciones indispensables. Como Coclés no quería salir del puerto, y, por otra parte, el hábito más característico de la burocracia annamita es el de no hacer nada, el capitán Dutreuil no pudo conseguir una braza de cuerda. Esperando poder dirigir sus peticiones al rey, partió para Hué. Pero no consiguió franquear ni la primera entrada de la ciudadela que le sirve de morada. Dirigióse entonces al P. H. (creemos que se refiere al padre Enrique), director de la escuela de intérpretes establecida cerca del palacio. Era el tal un annamita católico que usaba la pequeña placa de marfil del mandarin, distinción que había sido preciso concederle para que pudiese llegar á presencia del rey. El P. H. debía haber obtenido permiso del Papa para aceptar el mandarinado. Era un hombre de pequeña estatura, vestido al uso del país, modesto y reservado, como convenia á un pobre funcionario, colocado en posición tan falsa y considerado sospechoso incesantemente por el Gobierno y por el pueblo. En los asuntos oficiales, excesivamente circunspecto. Limitóse, pues, á prometer á M. Dutreuil que pondría sus reclamaciones en conocimiento del ministro. En cuanto á informes inofensivos, fué muy amable, y respondió á sus preguntas.

—No dependeis—le dijo—del ministro de Marina, como os habeis figurado, sino del de las Colonias. Sin embargo, en vuestra calidad de extranjero, debeis dirigiros más bien al ministro de Hacienda, el gran mandarin Ngouyene, encargado al mismo tiempo de los negocios entranjeros.

—Había oído decir que se hallaba en desgracia...

—Eso pertenece á la historia antigua. Ngouyene es hoy mandarin de segunda clase, y hay pocos mandarines de esta categoría, exceptuando á los príncipes. Es un gran mandarin letrado, porque ya sabeis que los mandarines militares son poco considerados entre nosotros.

—¿Qué sueldo disfruta por tener á su cargo dos departamentos tan importantes?

—El primer ministro tiene cerca de 1.800 francos anuales; además, recibe trajes de seda y una gran cantidad de arroz todos los días, para él y su familia.

El arroz que se da á los funcionarios no es de buena calidad, pero ellos entregan una parte á sus criados y venden el sobrante.

—Eso representará á lo sumo cinco ó seis

mil francos anuales, que para un país donde la vida es tan económica para los annamitas es buena renta; pero los funcionarios tendrán además otras utilidades.

A esta insinuación juzgó conveniente contestar el P. H., variando el tema:

—Vos, capitán, podreis hacer grandes economías.

—Tal vez, si viviésemos como los indígenas; pero nuestros criados chinos nos cuestan casi tanto dinero como da el rey á su primer ministro.»

Segun parece, un mandarin puede vivir en Annam por un franco diario. La subdivisión de la moneda prueba el módico precio de todas las cosas. Cuando se le dan algunos sapeques á un mendigo se le hace una buena limosna, y sin embargo, se necesitan nada ménos que 600 sapeques para completar una ligadura, moneda equivalente al franco nuestro. Este nombre de ligadura procede sin duda de que los sapeques, plaquitas de zinc muy delgadas, están agujereados y ligados en gran número.

Cuando M. Dutreuil salió de Hué, fué un mandarin á entregarle voluminosos paquetes de sapeques, rogándole que los aceptase como regalo del rey. Componían próximamente treinta francos. El capitán, comprendiendo que no podía rehusar el presente, aceptó la expresada suma.

El viaje á Hué hecho por tierra es la parte más bonita de la expedición de nuestro autor. Con el lápiz en la mano, recoge sus recuerdos y hace encantadores croquis apesar de la desconfianza que excita. Cuando se camina en palanquin por una temperatura de 35 ó 40 grados, se llega naturalmente á hacerse soñador y accesible á las impresiones poéticas; hasta sería uno capaz de abrazar la religion de Buddha: tal es la armonía que existe entre este culto y los países que le vieron nacer. De vez en cuándo encontraba M. Dutreuil en su camino un jardín de naranjos, bananeros y sicomoros, en medio del cual se elevaba una pagoda rodeada de árboles de sombra. ¡Qué paz bajo su follaje! Las familias ricas habian sembrado estos sagrados recintos de pequeños monumentos en recuerdo de sus antepasados. Mesitas cubiertas de cirios, flores y adornos pueriles recuerdan los altarcitos que nuestra piedad erige en el interior de los monumentos fúnebres de nuestros abuelos. Los annamitas pobres se contentan con colgar en las ramas toda clase de amuletos. Pero ¿no colgamos tam-

bien nosotros amuletos en los cementerios? Lo que no tenemos, ni podemos tener en nuestras agitadas sociedades, es esa calma, ese silencio, ese recogimiento religioso que impone al hombre un sol abrumador, y que lo mismo en Annam que en las Indias, se confunde con el eterno *nirvana*.

M. Dutreuil de Rhins no ha vuelto positivamente satisfecho de los annamitas. Nos refiere que los mandarines, comisarios y subcomisarios del Gobierno destinaban el puente de su barco á un uso que la decencia no permite consignar; que obligado á darles alojamiento en la cámara de los oficiales, tenia el disgusto de verlos dedicarse al recíproco espulgo de parásitos; que los annamitas son mentirosos, cobardes y malos; que su aparente dulzura se cambia en crueldad desde el momento en que se juzgan fuertes; y que, por lo general, son insolentes y rastreros, cínicos y llorones, segun les conviene.

La inclinación á la burla es tan común, que hacen objeto de ella (desde lejos) aún á los más ilustres mandarines. Las contorsiones que tan pueril costumbre imprime á sus rostros aumentan su fealdad natural. Todos los retratos de annamitas traídos por M. Dutreuil, parece, á nuestros ojos, que están haciendo muecas. No daremos para muestra más que el siguiente croquis del primer ministro:

«Vestia una túnica de seda bastante rica, sin estar recargada; era un hombre de edad madura, alto, delgado, y de una fisonomía poco agradable; tenía facciones muy pronunciadas; una mirada extraña, y cuando no se reía ruidosamente, se reflejaba en su rostro la expresión de una risa burlona y desagradable. Añádase á esto que eructaba, segun la costumbre annamita; que tenía quitadas las sandalias, enseñando sus largas piernas, y sus piés enteramente negros, que arañaba con las largas uñas de sus pulgares. Yo no me complacia, pues, en aceptar de sus afiladas manos los cigarrillos que me ofrecía.»

Por poco seductores que sean los modelos de M. Dutreuil, podríamos permanecer largo tiempo contemplándolos en compañía del pintor. Así como se declara el parecido de algunos retratos sin haber visto á las personas que representan, del mismo modo se convence uno, leyendo *El reino de Annam y los annamitas*, de que conoce á los hombres y las cosas de aquel país tan bien como por su propia experiencia.

L. QUESNEL.

LEYES NATURALES ECONÓMICAS

DE

LA PROSPERIDAD Y DE LA JUSTICIA

(Continuacion.)

HECHOS CONFORMES Á LAS LEYES NATURALES DE LA JUSTICIA.

No se comprende, ni conocemos ejemplo de que haya existido ningun estado social donde hubiera individuo alguno que, en cierta medida por lo ménos, no fuera libre, propietario y responsable; lo cual quiere decir, bajo nuestro punto de vista, que la justicia, en mayor ó menor escala, es inherente, esencial á la sociedad. Esta conclusion, deducida del análisis de las leyes naturales de la prosperidad, la comprueba la historia con la mayor claridad, como igualmente que las sociedades modernas son más justas que las precedentes. Pero ¿en qué consiste que el progreso de la justicia venga siendo tan lento, tan laborioso, en una palabra, tan contrariado por la rutina? En que las sociedades antiguas, no sólo no tenían en mira la justicia, sino que se oponia á ello su organizacion; lo cual nos autoriza á creer que ese progreso se ha ido verificando por sí mismo, por decirlo así, en cierta manera, en virtud de una ley desconocida, y que por lo mismo podian perturbarla aquellas sociedades incesantemente; y la prueba de ello es que podemos consignar un gran número de hechos de los más importantes, que han cambiado por completo de carácter á los ojos del legislador y de la sociedad, hasta tal punto, que los reputados injustos ántes, se tienen por justos hoy, y viceversa. ¿Cómo se puede dudar en tal concepto de la naturaleza experimental de las ideas de la justicia? Pero ese progreso, dígame cuanto se quiera, y las manifestaciones que le comprueban, no han llegado á su término, ni se puede predecir cuándo llegará; sería gran locura creer lo contrario; todavía se ha de ver que cambien de carácter muchos hechos de justicia á los ojos del legislador y de la sociedad, y creemos que, sin ser profetas, se podría señalar un gran número de ese género á los cuales comprenderá ese cambio; pero ántes de indicar ninguno, esperamos que nos será permitido autorizarnos con algunos ejemplos de cambios semejantes tomados de la historia.

1. Sabido es que en la antigüedad ha sido condenado el préstamo á interes por la generalidad de los legisladores y filósofos, como Moises, Licurgo, Aristóteles, Caton, Ciceron, Séneca, etc. El cristianismo ha exacerbado el menosprecio de que era objeto, por el juicio acerbo y apasionado que de él han formado los Padres más famosos de la Iglesia, como Santo Tomás, San Jerónimo, San Ambrosio, San Juan Crisóstomo, San Agustin, etc. Durante toda la Edad Media estuvo prohibido; Lutero lo ha condenado al Renacimiento; más tarde Bossuet y todos los teólogos, y hasta fines del siglo anterior casi todos los juriconsultos, participaban de la misma opinion á ese respecto. Hé ahí un concierto de vituperios y de anatemas al cual nada faltaba, ni antigüedad, ni generalidad, ni energía, ni siquiera la consagracion de la ley positiva; hoy, sin embargo, se conoce la necesidad y la justicia del préstamo á interes. Añadiremos además que siempre ha sido practicado, apesar de la opinion, de la ley positiva, y de las severas penas impuestas á los prestamistas.

Otro hecho semejante se nos presenta en el comercio internacional de los metales preciosos, que ha sido por largo tiempo prohibido y perseguido, y que se ha practicado siempre, sin embargo, apesar de la pena de muerte pronunciada alguna vez contra los que le hacian, y que es igualmente hoy reconocido como necesario y justo en todas partes. Otro tanto podriamos decir del comercio de trigos, prohibido ó reglamentado ántes, y libre en casi todas partes hoy, como el de los metales preciosos. Lo mismo se puede decir, en fin, de casi todas las funciones industriales y mercantiles, más ó ménos libres en nuestros dias, desde que las sanas ideas económicas han comenzado á inspirar la legislacion de cada país. Hé ahí hechos de justicia cuyo carácter habia sido siempre reconocido, y que la fuerza de las cosas y la experiencia han hecho triunfar de la opinion y de la ley positiva que los condenaba.

Se dirá quizas que ésos no son hechos de justicia propiamente dichos; pero ¿por qué se les ha de negar ese carácter? Lo cierto es que para todos, así como para la lógica, se reputa justo todo lo que no es injusto pudiendo serlo; además, la opinion y las leyes, que condenaban esos hechos, claro es que los reputaban injustos; en fin, conciernen á la libertad y á la propiedad, que son leyes naturales de la justicia; conciernen, pues, á la justicia,

son hechos de justicia. Añadiremos que han sido siempre justos, y por consiguiente injustas siempre las medidas que se oponían á su cumplimiento. La doctrina que admitiera que podrían ser justas hoy é injustas en lo pasado, haría de la justicia una cosa variable y arbitraria como la opinion de la ley positiva.

Veamos otros hechos idénticos, en cuanto á la conclusion, pero que difieren de los anteriores en que la opinion ha pasado, á su respecto, de la idea de que eran justos á la contraria. Tales son, por ejemplo, la esclavitud, la servidumbre con todos los abusos del régimen feudal, como la confiscacion, la desigualdad ante la ley, etc., etc. El derecho de gentes y la guerra nos los proporcionan en gran número: los ejércitos en otro tiempo, no sólo vivían á expensas del enemigo cuyo territorio ocupaban, sino que le arruinaban cuanto podían á fin de que fuera ménos temible; hoy semejantes prácticas son condenadas acerbamente por la opinion; así que en los años de 1854 y 1855, los ejércitos anglo-franceses en Crimea vivían en territorio enemigo, casi exclusivamente de los recursos que recibían de Inglaterra ó de Francia. No hace mucho aún, los paisanos de los pueblecillos huían al monte á la aproximacion de tropas, fueran cuales fueren, por temor al pillaje que solían sufrir impunemente; tampoco se verifica hoy siempre el pasaje de tropas, por esa clase de pueblos sobre todo, sin que causen alguna extorsion; pero no da ocasion en general á ningun abuso escandaloso, y la más ligera infraccion de la disciplina de parte del soldado, que le manda respetar las personas y los bienes, es castigada, ó por lo ménos debe serlo, con la mayor severidad.

Todos estos hechos dan testimonio del notable cambio de ideas respecto á la justicia; y prueban, lo repetimos, la naturaleza experimental de la justicia y su progreso. Sin embargo, es tanto y tan considerable lo que resta por hacer en ese sentido, que casi podríamos decir que el progreso de la justicia apenas ha comenzado aún; sin embargo, para convenir en que data de muy atras, basta recordar el estado moral de las sociedades: en la Edad Media, con la servidumbre y el feudalismo; en la antigüedad, la esclavitud con el menosprecio universal del trabajo y las atrocidades de las guerras. Pero hay otro orden de hechos cuyo alcance nos parece infinitamente mayor y más fecundo, puesto que modifican la idea general de la

justicia en su esencia; queremos referirnos á los que son relativos á lo que podría llamarse competencia ó atribuciones de los poderes públicos.

2. No pasa dia que no veamos á los poderes públicos renunciar una parte de lo que venían considerando como sus prerogativas más incontestables. Cuando se reunían todas en el monarca absoluto, todo procedía de él en la sociedad, hasta la existencia de cada uno. La libertad y la propiedad pendían de su omnipotencia tan estrictamente, que por toda garantía positiva no les quedaba sino la prudencia, ó la falta de fuerza del monarca. Al dividir los poderes el constitucionalismo moderno, les ha quitado una gran parte de sus atribuciones usurpadas é injustas, en particular la reivindicacion de todas las propiedades privadas como propiedad del Estado ó de su jefe; reivindicacion que se encuentra sostenida aún, por lo que hace á la propiedad territorial por lo ménos, en las obras del jurisconsulto inglés Blakstone, del último siglo. Le ha quitado también el disponer arbitrariamente, á no quebrantar la ley, de la libertad de los ciudadanos, por medio de reales órdenes, ó sin éstas siquiera; y le habria arrancado muchas más aún si el poder legislativo, convertido en su principal instrumento, no se forjara exageradas ilusiones respecto á la extension de sus propias atribuciones.

Todas esas disminuciones sucesivas, ó renunciaciones, si tal se quiere, por la voluntad ó la fuerza de los poderes públicos en favor de la libertad y la propiedad, las unas definitivas, las otras en vías de serlo, son conquistas del derecho comun, ó de la justicia natural sobre la arbitrariedad gubernamental ó la justicia oficial. De igual manera que los hechos á que nos hemos referido primero, las atribuciones sustraídas á los poderes públicos eran injustas en ellos, puesto que atacaban á la libertad y á la propiedad. ¡Cuántas otras que conservan aún y que implican el mismo carácter! Pero ¿adónde tienden esas conquistas, y cuál será su término? En cuanto á su término, no podemos aventurar opinion alguna; por lo que hace á su tendencia, nos parece encaminada á la destruccion de la ley positiva. Toda ley liberal tiende á ese resultado, puesto que destruye muchas más disposiciones que formula. No es dudosa esa tendencia cuando se trata cual se debe de la reglamentacion de la industria y el comercio. Si el legislador renunciara á intervenir

sin cesar en las relaciones económicas de individuo á individuo y de pueblo á pueblo; si no pretendiera determinar las reglas á que debemos atenernos para emplear nuestras fuerzas y nuestros capitales, para cambiar los productos ó los conocimientos, para disponer de los bienes durante la vida ó al tiempo de la muerte, sin duda que habria destruido en gran parte la ley positiva. Pero ¿renunciará á todo eso? Preciso es que lo haga, si quiere ser consecuente al principio de toda legislacion,—la igualdad,—y si no ha de atacar á la libertad y á la propiedad, las cuales, dice, debe garantizar á todos. Pero entónces, ¿á qué vendria á reducirse la justicia?

Crean muchos que la justicia la constituye la ley positiva. Ese es un gran error, puesto que la ley positiva puede ser, y es en efecto, no pocas veces, la negacion más completa de la justicia. Esta es el objeto de una ciencia de la misma naturaleza que las demas, de una ciencia eminentemente experimental y progresiva, como lo demuestran los hechos que hemos manifestado, como lo demuestra por otra parte el progreso de la legislacion, bajo la accion continua de la práctica social; y á este respecto, no comprendemos por qué el Estado la haya de tener en administracion. Pues qué, la necesidad general que de ella tenemos, ¿no puede ser satisfecha sino por el Estado ó sus agentes? Permitido será dudarlo; y por lo que á nosotros hace, no sólo lo dudamos, sino que no lo creemos. Sabemos muy bien que se nos dirá: ¡Qué! ¿No quereis que tengamos administracion judicial, tribunales donde se administre la justicia á nombre del monarca ó del pueblo? Confesamos que esa consecuencia extrema no nos horroriza. ¿No ha cumplido la sociedad espontáneamente cosas más admirables? ¿Hay en esto algo que sea incompatible con su iniciativa?

¿Hay por ventura quien crea que todas las cuestiones de justicia se resuelven en los tribunales? Quizas éstos no entiendan ni en la milésima parte de las que promueve incesantemente la actividad social. Léjos los tribunales de ofrecernos la regla de los medios de responder á las necesidades de justicia que todos sentimos, no ofrecen en realidad sino la excepcion. ¡Cuántas cuestiones no hay, en efecto, que no se someten ni se pueden someter á los tribunales, porque no caracterizan ante la legislacion contestaciones legales, de las cuales por consiguiente no

deben conocer, pero que no por eso dejan de ser muchas veces cuestiones de justicia! Tales son las innumerables cuestiones de civilidad, de delicadeza, de equidad, de honor, de confianza, de afeccion, de amor, etc. ¡Y cuántas otras, que caracterizan perfectamente contestaciones ante la legislacion, que no se someten á los tribunales por temor del escándalo, de la publicidad, de los gastos, de las humillaciones, de la lentitud, de las equivocaciones de la jurisdiccion ordinaria, de las pasiones de partido político; por temor, en fin, de eso que hace decir vulgarmente que más vale una mala composicion que un buen pleito!

Se dirá quizas que muchas cuestiones de justicia no interesan bastante á la sociedad para que sea necesario organizar una jurisdiccion para conocer en ellas. No hay cuestion de justicia, por insignificante que aparezca, que no interese en gran manera á la sociedad; ademas, vemos que muchas de esas cuestiones se resuelven por medio del duelo, y no se puede decir por lo mismo que no interesen á la sociedad. La verdad manifiesta es que los tribunales ordinarios responden mal á un número muy considerable de cuestiones de justicia, para cuyo conocimiento han sido instituidos, y que no responden mal ni bien á la inmensa mayoría de las que promueve incesantemente la actividad social. La consecuencia es en extremo grave: 1.º porque muchas cuestiones de justicia quedan sin solucion; 2.º porque infinitas acciones que producen males no llevan tras sí la responsabilidad correspondiente, á no ser la bárbara del duelo ó de la venganza bajo cualquiera forma; y es incalculable lo que tal estado de cosas engendra en animosidades, discordias, odios y desgracias; aún más, oscurece en las conciencias la idea de la justicia, y contraría el desarrollo de la moralidad. Para muchos, en efecto, no hay hechos de justicia, sino aquellos en que entienden los tribunales; y bajo el dominio de semejante ilusion, llegan fácilmente á convertirse tranquila y serenamente de que son bastante honrados cuando no han dado lugar á que se les haya perseguido judicialmente. Y como, por otra parte, haya lugar para no creer siempre en la infalibilidad de los tribunales ordinarios, y de la ley positiva, que interpretan y aplican, se llega fácilmente al escepticismo más completo respecto á la justicia. Los que se libran de esta funesta atraccion, suelen caer en otra, acaso

más dañosa á la sociedad; no queriendo ver la experiencia en el testimonio universal que la idea de justicia impone en la conciencia, hacen de la justicia una cosa abstracta, metafísica, religiosa, sobrenatural, inaccesible á la razón, y se apiadan, si es que no los menosprecian, de todos los esfuerzos de los que buscan su realización en el seno de la sociedad, aplazando todas sus esperanzas para otra vida, en gran daño de la que aquí esterilizan para sí mismos y para los demás, si es que proceden de buena fe.

No podemos resignarnos á creer que semejante estado de cosas deje de ser modificado; por el contrario, nos parece ver en los hechos síntomas precursores de su modificación. Los tribunales ordinarios están y estarán siempre, hágase cuanto se quiera, en la impotencia de satisfacer las necesidades crecientes de justicia que se sienten. ¿Será preciso que, sólo por respeto á su conservación, renunciemos para siempre á la satisfacción de esas necesidades? Eso se parecería á un suicidio; además, la justicia puede administrarse y se administra todos los días al lado mismo de los tribunales, sin tocar en ellos, y muchas veces quizás mejor que por ellos: nos referimos al arbitraje. ¿Estarán destinadas á coexistir perpetuamente, la una al lado de la otra, esas dos jurisdicciones? Permitido es dudar que su coexistencia se perpetúe; y si la una ha de absorber á la otra, creemos que será la última; porque, como dejamos dicho, los tribunales oficiales jamás podrán responder á todas las necesidades de justicia que se manifiestan en la sociedad, cuyas necesidades van en aumento. Esta nos parece cuestión de tiempo.

3. Hay dos clases de arbitraje: uno que la ley positiva prevé, reconoce y reglamenta; otro que es de ella independiente; el último es el que nos parece destinado á absorber la jurisdicción de los tribunales ordinarios; tiene para nosotros la inapreciable ventaja, conforme á las leyes naturales de la justicia, que deja á elección de los justiciables el juez que deba pronunciar sobre sus contestaciones; tiene además la de economizar tiempo y gastos, y humillaciones inmerecidas; su principio es perfecto, según el parecer de casi todos los jurisconsultos; y si en algo peca, es únicamente nuestra la culpa, no del principio, y en verdad que no podríamos decir otro tanto de la jurisdicción de los tribunales ordinarios. Otro testimonio en su favor lo hallamos en que la mayor parte de los justicia-

bles que le rehusan, cuando son notorias la honradez y la capacidad del árbitro, se hallan convencidos, según opinión común, de la escasa justicia de sus pretensiones.

La jurisdicción del arbitraje libre provoca la piedad de los prácticos de la justicia oficial; y no dejan de tener razón algunos de ellos para eso; pero ¿cuántas cosas no han sido desdeñadas, que han conseguido triunfar de toda resistencia? Sin embargo, no dejaremos de ocuparnos de algunas objeciones que la transformación promueve. Se dice, entre otras cosas, contra ella, que al generalizarla retrocedería la sociedad á las prácticas envejecidas de tiempos muy remotos ya, ó, por lo ménos, al derecho consuetudinario de la Edad Media, sobre el cual el derecho escrito aparece como un gran progreso. Si el derecho escrito, diremos nosotros, constituye un progreso sobre el consuetudinario, no consiste precisamente en que se le haya escrito, sino en que se conforma más á las leyes naturales de la justicia. Si un nuevo derecho, ó cuerpo de derecho, por mejor decir, que no fuera escrito, ó por lo ménos codificado bajo la garantía de ningún gobierno, estuviera más conforme aún con las leyes naturales de la justicia que el que poseemos codificado, ¿no constituirá un progreso sobre el actual? Claro es que sí. Además, no hay razón para sobrecogerse de espanto por un retroceso aparente de la práctica judicial al uso en los tiempos antiguos: no todo era malísimo en los antiguos tiempos. Las concepciones primitivas del espíritu humano respecto á justicia, cuando los compromisos de sistema y la teocracia no habían alterado todavía su sencillez é independencia, se aproximan hasta cierto punto á las que la ciencia sugiere en cuanto tenían de experimentales. Los primeros hombres, cuya ignorancia fué, como era natural, extrema, y sus pasiones desenfrenadas, se engañaban con facilidad; pero, por lo ménos, no estaban guiados por métodos errados, sistemáticos en sí, y más atentos á probar lo que se cree que á buscar lo que se debe creer; métodos que se han convertido más tarde en una fuente inagotable de errores, parecidos á mentiras, y que constituyen lo que podríamos llamar la hipocresía de la ciencia. Acaso á esa analogía de las concepciones primitivas del espíritu humano con la ciencia se deba el ideal de *la edad de oro*, que cada uno coloca, según su punto de vista, ántes de nosotros, como un estado de inocencia perdido, ó después de nosotros,

como el dominio de la ciencia, de la verdad y de la dicha que se haya de disfrutar.

El derecho codificado tiene, á nuestro juicio, el doble é irremediable inconveniente de no poderse plegar á todas las formas que afectan los hechos de justicia, y el de no poder seguir de cerca ó pronto sus transformaciones; de suerte que nos parece á la vez insuficiente y opresivo. Para que se pudiera plegar á todas las formas que pueden afectar los hechos de justicia, habria de tenerse en perpetuo estudio, y no promulgarlo jamas. El arbitraje libre, por el contrario, no hallándose subordinado á la ley positiva, puede plegarse á todas las formas imaginables de la accion moral, y seguirla en todas sus transformaciones; y, dependiendo exclusivamente su competencia de la capacidad del ó de los árbitros, y de la voluntad de sus justiciables, dificilmente dejarían de tener en cuenta ninguna de esas acciones; pero ¿qué vendria á ser en nuestros dias, se nos dirá, un derecho no codificado? Sería, como otra ciencia cualquiera, como las matemáticas, la física, la astronomía, etc.; sería, creemos, la verdadera ciencia de la justicia, y se aplicaria como las demas ciencias (1).

El derecho codificado es una ciencia en administracion, y participa, por lo mismo, de todos los inconvenientes de semejante dependencia. Su mayor imperfeccion es, quizas, la de dejar sin legislacion ni jurisdiccion posibles una masa considerable de hechos de justicia, que no puede abrazar, respecto á los cuales carece de garantías la sociedad, á no acudir al derecho natural bajo todas sus formas. Tiene ademas otras imperfecciones. ¿Qué mayor, por ejemplo, ni más extraña que la hipótesis, fundamental en legislacion, de que, una vez promulgada la ley positiva, es conocida por todos? Se comprende muy bien que se juzgue conocida por todos la ley natural, aunque sea mucho suponer; pero no se puede comprender eso de la ley positiva,

puesto que es con frecuencia la contradiccion de la natural, y esto repugna á toda conciencia cuando lo conoce. En este caso, como en otros muchos, el legislador toma una necesidad administrativa, dado que sea en realidad una necesidad, por un principio de justicia, al cual subordina ésta. ¿No es otra imperfeccion capital del derecho codificado su division, no en materias, pues esto se comprenderia, sino de sus principios ó de sus interpretaciones, lo cual no se comprende en derecho civil, derecho comercial ó mercantil, derecho administrativo, etc., de tal suerte, que un mismo hecho puede ser inocente, culpable y hasta criminal, segun la division á la cual se aplique? Hé ahí otra que se considera como necesidad administrativa, convertida en principio de justicia. En vista de semejantes trastornos, ¿será extraño que la razon pregunte si hay muchas justicias, si las unas pueden hallarse en contradiccion de las otras, ó lo que viene á ser lo mismo, si las unas pueden ser injustas relativamente á las otras?

La verdadera ciencia de la justicia no admite semejantes imperfecciones, y en cuanto á su aplicacion, nada, á nuestro parecer, tiene de imposible, puesto que se aplica ya en una infinidad de casos, por medio del arbitraje libre, juzgando los árbitros por equidad; puesto que se puede generalizar más su aplicacion, en vez del derecho codificado; puesto que, en fin, en materias civiles y comerciales por lo ménos, sería lo único aplicado y aplicable, si los justiciables le dieran espontáneamente la preferencia sobre los tribunales ordinarios; preferencia que verosímilmente no es sino cuestion de tiempo, de hábito, de conveniencia, y un poco tambien acaso de buena voluntad de parte del legislador. Notaremos, ademas, que si el legislador continúa en la vía liberal que ha tomado en nuestros dias, deberá ser aplicado hasta por los tribunales ordinarios en gran número de casos.

B. ESCUDERO.

(Continuará.)

(1) El derecho de gentes, ni ha sido codificado, ni se ha pensado en codificarlo. Bajo muchos respectos es inferior al civil; pero bajo otros muchos le es muy superior. Sus principios deben ser universales necesariamente, y falta mucho para que lo sean todos los del civil. El derecho de gentes es más bien incompleto que falso; el civil es incompleto y falso á la vez. Aquél no estará incompleto perpetuamente, y de seguro que no recibirá su plenitud por medio de la codificacion. No debe, pues, ponerse en duda que se puede comprender perfectamente el derecho bajo una forma puramente científica.

VIAJES

DE

EXTRANJEROS POR ESPAÑA Y PORTUGAL

EN LOS SIGLOS XV, XVI Y XVII

(Continuacion.)

Anno 1581.

El 5 de Enero salí de Lisboa en un barco, con los buenos compañeros Sr. Hans Weigand, capellan de campo, Stoghammer, capitán; pasé delante de Sacanen, distante dos millas á la izquierda, donde desembocan las aguas del Tajo (Tagus) al mar, y llegué hasta Puonos, á cuatro millas, una villa del país, situada tambien á la izquierda.

El 6 de Enero pasé delante de Sant Arein, situada á la izquierda, y enfrente de Almerin (villa é Palazos Reales), nueve millas distante, y me quedé esta noche en el barco.

El 7 vine hasta Asignaga (villa), situada tambien á la izquierda, tres millas distante, donde desembarqué y pernocté.

El 8 de Enero entré en el continente por Agolegan, una milla (1), y despues á Tancos (villa), dos millas.

El 9 del mismo vinimos á Tomar (villa grande), tres millas distante, donde comimos; de allí, por el puente del rio de Tomar, hasta Ventas de Pirero, una milla, y luégo á Albaiazor (lugar), una milla.

El 10 de Enero fuimos á Ansian (lugar), dos millas, donde comimos, en una alta montaña. Luégo seguimos hasta Rabazal (lugar), dos millas; despues á Sennachos (villa), dos millas.

El 11 de Enero vinimos á Coimbra (ciudad), una milla y media. Es una grande y hermosa ciudad, situada sobre las aguas del Mondego, con un largo y magnífico puente de cantería. Hay allí una universidad con sus célebres profesores y estudiantes; allí se guarda tambien la corona del reino de Portugal. Hasta Ventas di Tornos, una milla; allí comimos. Luégo seguimos á Ventas de Surra, una milla; á Megliada (lugar), una milla; á Avelanes (2), dos millas (lugar).

El 12 de Enero proseguimos hasta Aygua-da (lugar); luégo á Agada (villa), á una milla

de distancia. Aquí pasa un puente de piedra por el rio de Agada; á Morisca, media milla (lugar). Dicen que en este lugar es el pan más barato que en cualquier otro de Portugal. Despues fuimos á Ventas de Boga, media milla, donde comimos.

Aquí pasa por el rio Boga un largo puente de piedra. Luégo íbamos siguiendo á Albercaria Velha (lugar), una milla; á Albercaria Nuova (lugar), una milla; á Bem Posta (lugar), una milla.

El 13 de Enero pasamos á Olivera (lugar), y á Arifana de Santa María (villa), una milla, donde comimos; despues á Villa Nueva, situada cerca de Porto, por arriba del rio Duero, cinco millas.

El 14 de Enero, no admitiéndonos en Porto, por motivo de la mortandad, pasamos más adelante desde la Villa Nova, una milla, y hasta Petra Salgada, por el rio Duero; de allí á Vallongo (lugar), dos millas, donde comimos.

Por una equivocacion de camino, llegamos á aquel lugar, adonde no debíamos ir. Luégo nos fuimos á Alfena (Alfema), una milla (lugar), donde un puente atraviesa el rio para Carnero (Ventas).

El 15 de Enero fuimos á una venta, á dos millas, donde comimos. De allí, por el rio de Bissala, hasta Guimerais (villa grande y murada), dos millas. Aquí estuvieron anteriormente las cuatro banderas alemanas y el regimiento de D. Rodrigo Zapata, que ántes pasó por Braga.

El 16 y 17 de Enero descansamos allí.

El 18 del mismo salí de Guimerais con los Sres. Hans Weigand, Maximiliano Puschmann, Wolf Oberhofer, y Miguel Weichsler, y todos nos fuimos á Braga (ciudad), dos millas distante. Es una hermosa ciudad, no muy grande, pero tiene su arzobispo (antiguamente *Bartholomæum a Martyribus*, un varon santo, que figuró en el Concilio de Trento), Primado de España, y tambien señor *in temporalibus* de la misma ciudad; existe allí una escuela, pero sin notabilidad.

El 19 de Enero nos quedamos allí.

El 20 de Enero seguimos hasta un puente llamado Ponto de Prado, que está sobre el rio Cavado, una milla; despues á Portas de las Cabras (lugar), dos millas; luégo á Ponte de Lima (villa grande y murada), dos millas; allí comimos. Existe allí un hermoso y largo puente almenado, y construido de sillería, que pasa por el rio Lima á Venta de Rivas, distante una milla.

(1) Será Golegora.

(2) Avelas di Caminho.

El 21 del mismo adelantamos hasta el río de Coyro, una milla; luégo hacia Valenza (villa murada), que está á tres millas situada, donde comimos. Desde allí, sobre el río Minio, que separa la Galicia de Portugal, navegamos hasta Tuy (ciudad de Galicia, sobre el río de Valenza); luégo á Porigno (villa), dos millas.

El 22 anduvimos hasta Rotondella (villa grande), situada á dos millas sobre el mar.

El 23 de Enero nos marchamos hasta Ponte San Pablo (aldea), una milla. De allí, por un puente de piedra sobre el río N. una milla, donde comimos (locus abundans ostreis et conchis); luégo á Pontevedra (villa grande murada), dos millas. Allí pasamos por un hermoso puente de piedra, sobre el río N. (1) llamado.

El 24 de Enero adelantamos á Portella (lugar), una milla; luégo á Caldas de Rey, dos millas, donde comimos. No léjos de aquí se encuentran admirables y sanos baños calientes. Desde este lugar nos fuimos por el río Ferraria, hasta un largo puente de piedra, llamado Puente Ceruras, que atraviesa el río N. (2), dos millas y media. De allí hasta Padron (villa murada), media milla, antiguamente *Iria Flavia* llamada. Aquí en Padron, por arriba del río que corre primeramente á la villa llamada Rio de Padron, se ve en una elevacion una roca que se abrió algunas veces, para recibir á Santiago perseguido por los paganos, donde, encerrado, evitaba sus persecuciones. La piedra en que acostumbraba dormir se llama *la cama de San Yago*. Existe tambien otra piedra, que le servia para predicar, y otra tercera de altar. Una se llama *Escudo de San Yago*, porque perseguido por los infieles, se escondia detras de ella; se ve todavia cómo la piedra cedió, para dar lugar á su cabeza y su brazo derecho y poderse esconder dentro (3).

Tambien se puede ver un pozo de Santiago, que hizo con su cayado, cerca de una capilla; con este milagro convirtió á una reina pagana al Cristianismo.

Ademas, en la parte superior del río, cerca de la villa, se ve en el agua un barco de piedra, que sirvió algunas veces á Santiago para pasar el río, cuando los paganos le per-

seguian; por eso se llama *Barca de San Yago*.

No léjos de allí se encuentra una columna baja de piedra, con un agujero arriba en su centro, que servia á Santiago de estandarte, llevándola sobre su cayado.

En la iglesia de la villa se halla en el altar mayor la imágen de Santiago, con una corona en la cabeza, que acostumbran ponerse los peregrinos.

Bajo del altar mayor hay una columna de piedra, sobre la cual, sentado Santiago, algunas veces predicó.

En medio de la iglesia se encuentra un túmulo de un santo, con una reja de madera alrededor, donde suelen dormir los peregrinos, y hacer sus rezos.

El 25 de Enero fuimos de Padron á Santiago de Compostela (ciudad), á cuatro millas distante.

El 26 del mismo nos quedamos en Compostela.

De lo que hay que ver en Santiago, y de qué modo está dispuesto:

En primer lugar, la iglesia de Santiago es un hermoso, magnífico y suntuoso edificio, con admirables columnas, rejas, capillas y altares; tiene dos bóvedas ó iglesias, una encima de otra, y arriba, en el interior, una galería, por la cual se puede dar la vuelta á toda la iglesia.

Debajo del altar mayor, dorado de puro oro ó plateado, y con una hermosa reja alrededor, descansa el cuerpo de Santiago Mayor, apóstol, con Teodoro y Anastasio, sus dos discípulos.

Sobre el altar está colocada una estatua de Santiago; encima cuelga una grande y dorada corona, que le acostumbran poner los peregrinos. En este altar no pueden celebrar sus misas sacerdotes ú obispos, sino los cardenales solos, y por esta razón el cabildo siempre se compone de siete cardenales y de un arzobispo (1).

Sobre el mismo altar cuelga un grande y encarnado cuerno de cazadores ó postas, que llaman *Corno de Roland*, que debia ser de este héroe.

Delante del altar cuelgan muchas lámparas de plata, que ofrecieron célebres potentados y poderosos señores, en que arde constantemente el aceite; la más rica entre ellas es la regalada por el rey de Portugal.

(1) El río Leriz.

(2) El río Ulla.

(3) De varios de estos lugares se ocupa tambien Nicolas de Popielovo, á fines del siglo xv.

(1) Jacobo Sobieski dice que los siete canónigos se visten como cardenales.

Enfrente del altar mayor hay un coro, con una hermosa verja alrededor; la última columna á la izquierda de la verja es bronce, y dentro hueca, donde el cayado de Santiago, armado de un largo y puntiagudo hierro, está metido; los peregrinos cuidan bien de asirlo por debajo.

Las reliquias se guardan en la sacristía, en un hermoso y grande armario, enseñándolas cada día á dos peregrinos.

Entre otras cosas hay entre las reliquias:

La cabeza de Santiago Menor, apóstol, obispo de Jerusalem, cuyo cuerpo está en Tolosa de Francia.

La cabeza de la virgen Paulina, que en Colonia sobre el Rhin sufrió el martirio.

Una espina de la corona de espinas.

Tres pedazos de la Santa Cruz.

Un diente de San Pablo.

Un brazo de San Cristóforo, y otras muchas reliquias que es imposible enumerar.

A la derecha de la misma sacristía, bajo un pequeño altar, está depositado el cuerpo de San Silvestre mártir. Despues de ver las reliquias, suelen los peregrinos hacer sus confesiones. Los extranjeros confiesan por lo general con un italiano, que llaman *Linguarium*, por motivo de las lenguas italiana, española, francesa, alemana, latina, cróbata (ratena) y otras que habla muy bien.

Concluida la confesion, los peregrinos comulgan generalmente en la capilla francesa, que está muy cerca, y detras del altar mayor; luégo entregan á cada uno una carta ó pasaporte impreso en pergamino, con insignias atadas del cardenal superior, por la cual se pagan dos reales; añaden tambien una pequeña papeleta de confesion, por la cual se paga un cuarto (1).

El contenido de la carta es el siguiente (2):

«Universis et singulis præsentibus litteras inspecturis, Bonifacius de Almonacir Cardinalis Major ac penitenciaris almæ Ecclesiæ Compostellaneæ, in qua indubitanter requiescit venerandum sanctissimumque Corpus Beati Apostoli Jacobi Zebedei totum integrum sub Altari Majori, Salutem a Domino sempiternam.

«Quoniam, ut ait apostolus, Omnes stabimus ante tribunal Christi, receptari, prout in corpore gesserimus sive bonum sive ma-

lum. Cum itaque sicut accepimus devotus in Christo Ericus Lassota, Diocesis Alemannensis, Ecclesiam beati Jacobi personaliter visitavit, confessusque et absolutus fuit, Dominicumque corpus recepit nec non vovit limium beatæ Mariæ Cestocobiæ (1) et alia pia sanctorum loca visitare, et non habet, unde id perficere possit, nisi piis fidelium elemosinis adiuvetur. Quapropter nos prænominatus Cardinalis Major, tenore præsentium, omnes et singulos Christi fideles requirimus et hortamur in Domino, quod cum præfatum Ericum Lassota, dum ad vos accederit, Elemosinas petiturus, pie, benigne, charitativiusque recipiatis et de acceptis a Deo bonis Elemosinas, quæ peccata extinguunt elargiri curetis, ut per hæc et alia pietatis opera, ad promissum cœlestis regnum pervenire valeatis et participes efficiamini omnium suffragiorum huius sanctæ Ecclesiæ, præsentibus post annum minime alituris. In quorum omnium et singulorum fidem præsentibus litteras fieri ac nostro jussimus sigillo muniri. Datis in Civitate hac Compostellana, A.º Domini 1581. Die vero 25 Mensis Januarii.

B. CARDINALIS MAJOR.»

Contenido del certificado de la confesion:

«Universis et singulis præsentibus litteras inspecturis, Bonifacius de Almonacir Major Cardinalis ac penitenciaris almæ Ecclesiæ Compostellaneæ, salutem in Domino sempiternam.

«Cum itaque sicut accepimus devotus in Christo Ericus Lassota, peregrinus confessus et absolutus fuit, atque Dominicum corpus in prædicta Ecclesia recepit: In eiusdem ei testimonium has nostras præsentibus litteras nomine et signo nostro solitis et consuetis roboratas et munitas eidem concessimus. Datis Compostellæ A.º 1581. Die vero 25 Mensis Januarii.

B. CARDINALIS MAJOR.»

Sobre el techo de la iglesia está colocada una gran cruz de metal, que Santiago al predicar solia llevar; segun dicen, no se puede saber si es de oro, plata, cobre ú otro metal.

Al pié de esta cruz hay un agujero practicado en una piedra cuadrada, por donde cuidan de pasar arrastrando los peregrinos.

(1) Ein quart, dice el texto.

(2) Como la obra está dedicada especialmente á los eruditos, se conservan todos sus documentos en latin, para no quitarles su importancia en la traduccion.

(1) Czenstochowes, un célebre convento de los Paulinos en Polonia.

En la proximidad se halla una torre con dos campanas grandes, que proceden de un rey de Francia, como lo demuestran los escudos sobre ellas hechos; están, sin embargo, partidas, porque, se dice, al tocarlas se asustaban muchas mujeres embarazadas por el sonido inaudito, y hacían mal parto ó abortaban.

Cerca de la iglesia hay un magnífico y rico hospital, en que los peregrinos, pagando ó sin pagar, están cuidados segun su clase y calidad. En una ermita fuera de la ciudad descansa el cuerpo de Santa Juana, y la ciudad en sí misma es bastante considerable de edificios muy antiguos, casas é iglesias; la industria y comercio no faltan allí, y la vida es barata también.

El 27 de Enero volvimos de Santiago á Padron, cuatro millas.

El 28 del mismo fuimos á Caldes (1), tres millas, donde comimos, y luégo á Pontevedra, tres millas distante.

El 29 seguimos hasta Porigno, cinco millas.

El 30 marchamos á Valenza, dos millas.

El 31 del mismo fuimos á Ponte de Lima, cinco millas, y despues media milla á Sant Amar (aldea).

El 1.º de Febrero proseguimos hasta Braga, cuatro millas y media, en que comimos; despues á Guimerais, tres millas, donde quedamos algun tiempo.

El 7 de Febrero, los españoles de Guimerais empezaron un alboroto contra los alemanes; un soldado de la bandera de Arzt cayó mortalmente herido; el Sr. Jorge Merl recibió una descarga en la cara con una carabina cargada de piedras; más de ocho soldados sufrieron heridas, y también varios españoles; hubieran ocurrido muchas más desgracias de ambas partes si D. Rodrigo Zapata y el teniente coronel con los capitanes no hubiesen intervenido.

El 9 de Febrero salimos otra vez de Guimerais, yo, el Sr. Hans Weigand y Miguel Weichsel, y nos fuimos á Ventas de Carneiro, cuatro millas.

El 10 del mismo seguimos una milla, hasta Alfena (2), luégo á Ventas de Pica, una milla, y despues á Porto (ciudad), una milla. Este último es una ciudad hermosa, grande é industrial, situada sobre el rio Duero, que desemboca en el mar, á una pequeña media milla de allí, y cerca un pequeño castillo, llama-

mado San Juan. La ciudad está cercada de hermosa, ancha y fuerte muralla, construida de piedra maciza con sus bastiones y baluartes; por encima se puede dar vuelta alrededor de la ciudad; hay allí un arzobispo y preciosa catedral, y otras varias y preciosas iglesias y monasterios.

El 11 de Febrero quedamos allí, y luégo por agua nos fuimos á San Juan, donde nos inspeccionaron.

El 12 del mismo seguimos por agua y por Villa Nova, que está á otra parte de la ribera, vinimos hasta Arifana, cinco millas de camino. Allí, á una media milla de afuera, y cerca de una media hora despues de anocheecer, me acometieron tres portugueses, y si no hubiese acudido á mi auxilio una gente honrada que impidió el ataque y me llevó consigo, me hubieran despojado de todo, ó asesinado acaso.

El 13 de Febrero marchamos hasta Albergoria Velha, una milla, en que comimos; despues á Agada, dos millas.

El 14 del mismo hicimos dos millas hasta Avelanes.

El 15 pasamos cuatro millas hasta Fornos, donde comimos, y despues á Coimbra, una milla.

El 16 á Rabazal, tres millas y media, y luégo á Ansian, dos millas.

El 17 de Febrero fuimos hasta Seris, cuatro millas.

El 18 del mismo fuimos á Tomar, dos millas, donde comimos, y luégo á Tancos, tres millas. Al anocheecer nos pusimos en una barca, y fuimos hasta una venta, distante una milla y media.

El 19 proseguimos hasta Sant Arein, cuatro millas y media, en que comimos, y despues á Puono, ocho millas distante.

El 20 de Febrero llegamos á Lisboa, seis millas, y el 21 del mismo allí quedamos.

El 22 volvimos á Setuval, seis millas.

El 16 de Abril juraron los portugueses en Tomar al Rey, con solemnidad, y se procedió al momento á su coronacion; despues otorgó un indulto general, con exclusion de algunas personas.

LISTA DE LOS MÁS NOTABLES INDIVIDUOS EXCLUIDOS DEL INDULTO GENERAL QUE EL REY (FELIPE II) MANDÓ PUBLICAR EN TOMAR.

Legos.

1. Don Antonio, prior d'Ocrato, principal autor.—2. Don Francisco, conde de Vimioso.—3. Don Manuel de Portugal.—4. Don Pedro

(1) Caldes, Caldas de Rey

(2) Alfena, Alfema.

de Meneses, hijo de Don Juan de Meneses.—5. Don Leonardo de Meneses, hijo de don Juan de Meneses.—6. Manuel de Silva.—7. Diego Botello, hijo de Pedro Botello.—8. Don Antonio Reregra.—9. Don Jerónimo Cautilan.—10. D. Jorge de Meneses de Castaveda.—11. Don Antonio, su hermano.—12. Febos Martinez.—13. Antonio Nuñez Barrero.—14. Juan Rodriguez de Sosa.—15. Duarte de Lemos Datrosa.—16. Antonio de Sosa de Lamego.—17. Duarte de Castro.—18. Antonio de Brito Pimentel.—19. Però Lopez Giron de Sant Arein.—20. Amador de Quiros.—21. Juan Gonzalez de la Cámara, hijo de Luys Gonzalez d'Ataydi.—22. Antonio de Sylva d'Azenoda, commendador de Algosos.—23. Manuel Mendez, hijo de Sebastian Mendez.—24. Manuel d'Acosta Borjes.—25. Jorge de Ocimoral.—26. Antonio Baraco, su hermano.—27. Pedro Barba de Silua.—28. Arias Gonzales de Macedo de Coymbra.—29. Manuel de Fonseca de Coymbra.—30. Manuel Pegas de Voya.—31. Juan Rosario de Serpa.—32. Podes Libeyra.—33. Juan Francesco d'Acosta.—34. Scipion de Figaredo.

Clérigos.

1. Don Juan de Portugal, obispo de la Guarda.—2. Don Alonso Enriquez.—3. Juan Ruiz de Bagomelos.—4. Simeon Mascarenas, dean de Evora.—5. Antonio de Quiros, hermano d'Amador de Quiros.—6. Fray Manuel de Acosta.—7. Fray Estéban Leyton.—8. Fray Luis de Sotomayor.—9. Fray Nicolas Diez.—10. Fray Ant. de Sena, de la orden de Santo Domingo.—11. Fray Héctor Ponto.—12. Fray Damian Machado.—13. Fray Andres, prior de San Marcos, de la orden de San Jerónimo.—14. El doctor Fray Augustin.—15. Fray Diego de Cárlos, de la orden de San Francisco.—16. Don Lorenzo, general de la congregacion de Santa Cruz de Coymbra.

Tomar es una hermosa, grande y abierta villa; cerca hay en la montaña «El Monasterio de Cristus», en que se concede la portuguesa «Comenda del hábito de Cristo». Está situado «ad fluvium Nabonin» (vulgo sobre el rio de Tomar).

El 23 de Abril juraron los portugueses otra vez al Rey, á nombre de su hijo Don Diego, príncipe de España.

El 9 de Mayo se hizo una revista de las doce banderas en Setuval, cerca de «Santo Domingo».

El 13 de Junio vino el Rey hasta Almada, que está enfrente de Lisboa.

El 28 de Junio me dirigí á Lisboa.

El 29 de Junio llegó el Rey á Lisboa, entrando con magnificencia; se le han hecho algunos hermosos arcos triunfales.

El 3 de Julio volví otra vez á Setuval.

El 5 de Julio se pagó sin descuento el sueldo de cuatro meses á las ocho banderas, es decir, de mi capitan y de los Sres. Lidl, Mentel, Priam, Wotsche, Calianer, Sagmeister y Eifländer.

El 6 de Junio, Cristof Kripp de Freydeck, mi capitan, despues de haber conseguido su permiso del señor coronel para irse á Alemania, entregó su capitania y bandera á Engelhart Kurz de Senftenarr, mariscal de campo.

Quedándose siempre rebeldes y sin querer entregarse las nueve islas Azoras, es decir: 1 Terceira (capital), 2 San Miguel, 3 Santa María, 4 San Jorge, 5 Pico, 6 Faial, 7 Graciosa, 8 Corbo, 9 Flores (que pertenecen al Rey de Portugal, y se encuentran en el camino á las Indias á 300 leguas de Lisboa sobre el «Golfo de Eguas»), apesar de haberse mandado contra ellas un año ántes á D. Alonso de Bazan, hermano del marqués de Santa Cruz, con algunos navíos, el cual, por causa de temporales, volvió sin poder llegar á su destino, apesar de haberse enviado un mes ántes á un doctor portugues para tratar con ellas de pedir su sumision á S. M., y sin conseguir nada más que la sumision de dos de ellas, es decir, la isla de San Miguel y de San Jorge, resolvió enseguida S. M. y de nuevo unos dias ántes de la fecha presente, de mandar allí á D. Pedro de Valdes coñ seis navíos y cuatro carabelas, armados de 500 hombres contra la flota de las Indias, ordenando de salir lo más pronto posible y obligar á las islas rebeldes á la obediencia y sumision, y para que se cumplan estas disposiciones más fácilmente, ordenó á D. Lope de Figueroa seguirle con otra armada para el caso, si no quisieran escuchar la razon, someterlas por fuerza. Por este motivo salieron de Setuval á Cona, tres millas distante, el dia 7 del mes de Julio, á las tres de la madrugada, ocho banderas de nuestro regimiento, es decir, la de mi capitan Engelhart Kurz; 2, de Lidl; 3, de Mentel; 4, de Kotsch; 5, de Calianer; 6, de Priam; 7, de Sagmeister, y 8, de Eifländer. En aquel lugar, el señor coronel nos designó por nuestro jefe al señor conde Sebastian, su pariente, y desde luégo nos embar-

camos en navíos y carabelas que estacionaban allí, junto con otra armada, esperándonos.

El señor Conde con todo su séquito, el juez administrador y teniente-preboste, nuestra bandera, Calianer y Priam, todos juntos se embarcaron en un navío en Ragusa, llamado *Juan Simon*; el capitán Saigmes-ter y Eifländer tomaron un navío gallego, llamado *San Pedro*, y las demas banderas colocaron en carabelas; la capitana ocupó D. Lopez, nuestro general; el almirantazgo tomó el galeon de *San Antonio*; los dos capitanes *Girolano*, frances, y D. Alvaro de Mendoza, se asentaron en el galeon de *San Miguel*.

El 10 de Julio llegamos con nuestra armada á la Torre de Belen.

El 12 de Julio salimos con la armada.

El 13 muy temprano, despues de una navegacion de cerca de veinte leguas, y con bastante buen viento, la capitana sufrió una abertura, y la invadia mucha agua, de modo que no se podia ir más adelante, y fué preciso volver atras á Lisboa, fastidiados y con sospecha de traicion contra aquel que tenía encargo de preparar la armada. En nuestro navío se rompió la «mezana».

El 14 de Julio entró otra vez la armada en el puerto; nuestro navío y la gallega, llevados por los vientos, dieron demasiado léjos su vuelta á la derecha, no pudieron entrar en el puerto, y echaron sus anclas cerca de Sissimbra, donde quedaron hasta el 20 de Julio, fecha en que consiguieron seguirnos al puerto, y cerca de Belen tomar sitio.

El 22 de Julio, por órden del duque de Alba, el conde Sebastian, con cinco banderas, es decir, de Wotsch, Priam, Sagmeiler, Calianer y Eifländer, desembarcó y se trasladó á Setuval.

El 24 de Julio, nuestra bandera y H. Mentels (que por su debilidad quedó atras) (1), Fähnric y el teniente con ochenta soldados tomaron plaza en el navío gallego, y mi capitán, como teniente coronel, quedó encargado de las otras tres banderas.

El 25 de Julio salió otra vez nuestra armada del puerto con 1.500 hombres, favorecida de un buen rumbo y compuesta de veintidos velas, á saber: la de la capitana, una hermosa hurca de Frisa; *item* la almirante, galeon de *San Miguel*; ademas, la gallega *San Pedro*

y otra hurca de los Países-Bajos, y las demas todas carabelas.

Nuestro navío cerca de la torre de Belen chocó contra una roca oculta en el fondo del agua, de modo que presumimos recibiera mucho daño, y que no podria seguir adelante; pero examinado por el capitán Merolin, piloto-coronel, y por otros capitanes de las galeras, no se encontró algun daño, y seguimos á los demas.

El mismo dia, D. Pedro de Baldes, queriendo sorprender y conquistar la isla Tercera, desembarcó la mayor parte de su gente, unos 400 hombres, en un lugar, «Porto Judios» llamado; mas su gente, al venir á la tierra, se dispersó al instante dedicándose al pillaje, y los portugueses, aprovechando este desórden, los atacaron; despues de haberse reunido, quisieron hacer resistencia al enemigo, pero éste lanzó contra ellos muchos bueyes, rompió sus filas, cayó encima, exterminó á todos, sin perdonar á los 30 que se echaron á la mar, para alcanzar nadando algun navío ó barco; con los muertos mismos en la isla, cometió grandes atrocidades, arrancándoles los corazones y cortándoles las partes nobles, para hacer de todo eso una demostracion pública.

En medio de estos hechos, un arcabucero aleman armado de una espada, y un español con una alabarda, hicieron pagar su propia vida á unos 50 hombres, sus enemigos.

El 27 de Julio, el viento tomó otra direccion, que nos fué contraria.

El 28 del mismo mes encontramos doce navíos de los Países-Bajos, que seguian adelante, y como se sospechaba de su procedencia, suponiéndolos enemigos, nos acercamos reunidos, hasta poder adquirir la seguridad por la insignia de paquebote, sobre el particular.

El 29 de Julio volvió buen tiempo «bonanza», y por este motivo se bajaron las velas esperando en el galeon *San Miguel*, cuyo timon la noche pasada se rompió.

El 31 de Julio, reparado el galeon, con un viento algo fuerte, volvimos á seguir nuestro camino.

El 11 de Agosto, por un paquebote, recibimos instrucciones que nos mandaban desembarcar y esperar en tierra.

El 12 de Agosto apercibimos una flota india: es decir, tres grandes naves, con algunas carabelas.

El 13 de Agosto nos encontramos con una flota india, nos hicimos recíprocas salvas, y

(1) No se puede adivinar si por causa de su salud ó por motivo de pocas fuerzas militares quedó «dainten».

de ellos supimos, por la primera vez, que Don Pedro fué batido.

El 15 de Agosto sopló buen viento en popa.

El 18 del mismo mes, apercibimos la isla de San Miguel.

El 19, la capitana repartió entre los soldados pólvora, balas, pertrechos, hasta palas y sacos.

El 20 de Agosto llegamos á San Miguel en el galeon de *San Cristóbal*, que habia venido allí con el gobernador ántes, para llevar á los gastadores; mas ahora ha de llevar la gente del país.

El 23 de Agosto por la tarde navegamos de San Miguel á la Tercera, unas treinta leguas distante.

El 24 del mismo mes apercibimos la isla Tercera, San Jorge y Pico.

El 25 nos encontró Don Pedro con su armada, á unas seis leguas de la Tercera, y volvió con nosotros.

El 26 vinimos á la Tercera dándola vueltas; el General envió á algunos diputados portugueses á sus defensores, que ellos detuvieron:

El 27 de Agosto llegó á nosotros el galeon *San Cristóbal*, con algunas carabelas:

El 1.º de Setiembre entraron dos navíos en el puerto de la Tercera, cerca de la ciudad Angra, y nosotros no pudimos llegar á tiempo para impedirlos, porque estábamos demasiado léjos de la tierra; por la noche se han celebrado en la isla triunfos y alegría, con tiros y fuegos artificiales.

El 7 de Setiembre, despues de haber reiterado el General varias tentativas de comunicacion, sin que los defensores isleños permitiesen entrar á nadie en sus tierras, rechazando á todos con tiros, no pudiendo tampoco prudentemente fiarse mucho (por la poca gente que teníamos, y ellos, segun las noticias recibidas, tenían, tanto de extraños como de habitantes, unos 8.000 hombres), volvimos con nuestra armada, y Don Pedro con nosotros atras.

El 8 de Setiembre vinimos otra vez á San Miguel, cerca de la ciudad Punta Delgada.

El mismo dia, Don Pedro de Baldes con sus naves se fué á Lisboa, adonde vino algunos dias ántes de nosotros la armada de Don Lopez; al llegar, al instante le cogieron preso y se lo llevaron al castillo, y aunque, segun los rumores, el Rey hubiese querido que se le degollara, le concedió por fin la gracia de vida, vuelta á su casa, desterrándole á la

distancia de algunas millas léjos de la Corte.

El 9 de Setiembre me marché á la ciudad con el permiso de mi capitán.

El 10 del mismo mes, hacia la madrugada, empezó á crecer el viento, y nuestra armada se marchó; yo con mi compañero de seccion, Ludovico Ceron de Bologna, parándonos en la tierra demasiado tiempo, y sin poder encontrar una lancha, por causa de la mar gruesa, para llevarnos á la armada, quedamos abandonados; lo mismo sucedió con otros muchos militares y marineros, hasta el número de setenta.

El 2 de Setiembre, el Gobernador de la isla donde estuvimos, dispuso dos carabelas, una con fuerza de cincuenta hombres, que se fué á Lisboa, y otra sin defensa, en que me embarqué yo con mi compañero y los demas para dar vueltas á la isla, porque tuvimos la noticia que nuestro almirante, el galeon de *San Miguel*, no se habia todavía marchado, proveyéndose de agua en un sitio cerca de la isla, y que en efecto encontramos una mañana temprano en la proximidad de la Villa Franca, en 13 de Setiembre: en él nos embarcamos, y á mediodía de la misma fecha nos marchamos. El 3 de Octubre llegó la armada á Lisboa, y Don Pedro de Baldes, que vino unos dos ó tres dias ántes «ob rem male gestam», fué aportado en la Corte. Durante esta nuestra navegacion, empezaron á edificar en Setuval el castillo de San Felipe.

El 5 de Octubre, despues de haber luchado casi todo el tiempo con vientos adversos, empezando tambien á faltarnos las provisiones, y especialmente pan y agua, apercibimos con gran júbilo y alegría el cabo *Finis Terræ* (ó *Nerium promontorium*) en Galicia por la mañana, y por la tarde cerca Munxia entramos en el puerto; allí junto con mi compañero de seccion, nos fuimos al instante á tierra, donde pasamos el 6 de Octubre.

Munxia es una pequeña ciudad, que tiene un grande y buen puerto; á su entrada y á la derecha, se halla una gran capilla ó iglesia, en que se venera con gran devocion á Nuestra Señora, de la Barca llamada. En el altar mayor está colocada una estatua de madera que representa á la Virgen, alta más ó menos, una ana de Viena, cubierta de un manto blanco, con una cenefa dorada y forro de color violeta oscuro; su vestido interior es encarnado, y tiene en su brazo derecho un niño. Se dice que si un pintor quisiese dar otro color al vestido, ó se volveria al instante ciego, ó moriria de repente, ó le sucederia algu-

na gran desgracia, ó una pública ignominia. La estatua de la Virgen, dicen vino allí en un barco de piedra que está en el fondo del mar, con su vela, timon y mástil, todo de piedra: la vela y mástil muy grandes y pesados, de modo que algunos pares de bueyes no podrian arrastrarlos; sin embargo, estando allí colocados, un hombre con su dedo los puede mover, y esto lo experimenté yo mismo (1).

El 7 de Octubre nos fuimos de Munxia á Marcandian (aldea), un cuarto de milla; luego á Loalo (aldea), un cuarto de milla; más adelante á Puente de Bacerboso, que pasa sobre un pequeño rio, media milla; á Canosa, media milla; á Finisterre, una milla y media, donde el 8 de Octubre quedamos.

Finis Terræ es una pequeña villa, con mal puerto; fuera del pueblo, á un tiro de arcabuz, se halla una iglesia, Nuestra Señora de Finis-Terræ llamada. Dentro hay una estatua de la Virgen, de madera, cerca de una ana y media de alta, cubierta de un manto azul, adornado de flores de oro, y de una cenefa, tambien de oro. El vestido interior es tambien dorado; en la cabeza tiene un velo, encima de él una corona, y en el brazo izquierdo un niño. Esta estatua dicen se trasladaba en un navío que al llegar enfrente de la cima de la montaña, no quiso moverse más adelante, y por este motivo se desembarcó la imagen, trayéndola al pueblo, y una vez en el sitio en que existe la iglesia, se volvió tan pesada, que fué imposible llevarla más lejos; ésa es la causa por que se edificó la iglesia en su honor. En una capilla de esta iglesia, y á la izquierda, se encuentra un crucifijo de escultura, que no llega á la altura de un hombre, en un altar colocado, y que pasa por muy milagroso. Cuando un sacerdote le descubre, se pone primeramente de rodillas, empieza á rezar el *Te Deum laudamus*, y con una larga caña quita las cortinas que le cubren; quienquiera que sea, si desea verle, tiene que arrodillarse. Se pretende que le crece el pelo y las uñas, y que suda algunas veces. De esta especie hay dos crucifijos más: uno en Orense, tambien Galicia, y otro en Búrgos. No muy lejos de la iglesia existe una ermita en una alta montaña, donde delante del altar debe descansar el cuerpo de San

Guillermo; pero no se ve allí ningun monumento. En su proximidad se encuentra una gruta baja, llamada «Tornos de San Guilielmo», en que vivía y hacía penitencia. Cerca corre un manantial: la fuente de San Guilielmo, donde tenía costumbre de beber y lavarse. A una media milla de aquel lugar, se ve al pié de una montaña, cuando se retira el mar, el vino que el demonio le derramó. Porque se dice que un dia vinieron allí algunos franceses, y pararon al pié de la montaña; al ermitaño que bajó á verlos, le regalaron un barril de vino tinto; al marcharse ellos, el santo quiso llevarse en sus espaldas el barril á la montaña, mas un demonio disfrazado de campesino le encontró, á quien pidió el favor de ayudarle siguiendo detras y empujando el barril, para que no le pese tanto; y el demonio se prestó á esto con mucha amabilidad; subiendo el demonio, en lugar de ayudar, tiraba siempre hacia atras para que pesase más; y, por último, dió un tiron tan fuerte, que hizo rodar al santo con su barril hasta abajo, y en este suceso, no sólo el barril se estrelló, sino que el vino se puede ver todavía sobre las piedras derramado; y el ermitaño se rompió tambien un brazo y una pierna. Yo no pude verlo, porque la mar estuvo muy agitada. En otra montaña hay dos grandes y casi redondas piedras, que llaman Piedras Santas, que debian servir de descanso á la Santísima Virgen; éstas, que no podrian arrastrar algunos pares de bueyes, se pueden mover tambien con un dedo, y esto lo he hecho yo mismo.

El 9 de Octubre marchamos á Sardineros (aldea), una milla; despues marchamos á Corcovion, y en su proximidad Cea, una milla, donde comimos. Estas dos pequeñas ciudades no distan una de otra ni siquiera media milla, y hay allí un hermoso puerto, de donde por una alta montaña llamada Cabral, en cuya cima se encuentra una ermita, llamada San Rocco, pasamos hasta Fuente Santa (ermita), distante una milla; luego á Urbilido (aldea), dos millas. Al salir de la Fuente Santa, nos equivocamos de camino, porque hubiéramos debido llegar á Puente d'Oluera, Bonjesus, y despues á Barreras.

El 10 de Octubre vinimos á Puente de Braudomil, que pasa por un pequeño rio; á una milla; despues á Barreras (aldea), una milla, donde comimos; más adelante á San Juan de la Barcada (aldea), una milla; á Puente de Mazera (aldea), una milla. Aquí se pasa el

(1) Semejantes maravillas se encuentran en los lugares de rocas, y bañados por violentas aguas; por falta de tierra se establecen equilibrios de piedras.

rio Tambre; es un agradabilísimo día de viaje entre bosques de castaños y robles.

El 2 de Octubre seguimos hasta Aopesada (aldea), una milla; á Teroa (aldea), una milla, y á Compostela ó San Yago (ciudad), una milla, donde los días de 12 y 13 nos quedamos.

El 14 de Octubre proseguimos hasta Padron (villa), cuatro millas, donde comimos, y luégo nos fuimos á Caldas (villa), tres millas.

El 15 de Octubre marchamos á Puente Vedra (una villa grande), distante tres millas, donde comimos. Allí encontramos dos galeras españolas sobre el río, y nos embarcamos en la llamada *Ladrona*, pasando luégo cerca de las islas de Baiona (quæ olim insulæ deorum et Circædictæ sunt), que dejamos á la derecha, y por la mañana, el día 16 de Octubre, vinimos á Baiona; luégo á la villa Porto de Regno de Galicia, tres millas, donde anteriormente pasó á cuartel de invierno la bandera del capitán Fanner, con algunas otras españolas. El día 17 y 18 nos quedamos allí.

El 19 de Octubre tomamos un barco unas dos horas ántes de amanecer, y pasando delante de Caminha (villa del Regno de Portugal), á cuatro millas, delante de Viana (ciudad), cuatro millas, Villa del Conde (villa grande), seis millas, vinimos hasta la entrada del Puerto, cerca de Porto, á cuatro millas de distancia.

El 20 de Octubre por la mañana continuamos delante del castillo de San Juan, situado á la izquierda de la entrada del puerto, hasta Porto (ciudad); de allí á media milla estuvo la bandera del teniente coronel de Arzt y de Steghammer. En este sitio quedamos el 21 y 22 de Octubre.

El 23 de Octubre seguimos cinco millas, hasta Arifana (villa).

El 24 del mismo unas seis millas, hasta Agada (villa).

El 25 fuimos á Coymbra (ciudad), siete millas.

El 26 del mismo marchamos, una milla y media, á Gascona (villa).

El 27 del mismo hicimos siete millas, hasta Ventas de Cortes.

El 28 de Octubre pasamos delante de una torre que se quedó á nuestra derecha: Torre del Jaan llamada (en que vivía antiguamente un gigante, que solía salir al camino con la siguiente costumbre: al encontrar á alguno, le preguntaba adónde iba; si hallaba á alguno con más dinero del que necesitaba para su

viaje, le despojaba de lo sobrante, y si, al revés, le faltaba para llegar á su destino, le añadía lo que le faltaba; se puede ver todavía en el camino marcada su altura, en cuyo sitio le mató un pequeño hombre) hasta Tomar (villa grande), á tres millas y media distante, donde comimos. Luégo á Soseyra (villa), dos millas; á Atalaya (villa), una milla, y despues á Agolegan (villa), una milla.

El 29 de Octubre proseguimos á Asignaga, distante una milla, donde comimos; despues á Sant Arein, tres millas. Allí ántes, Don Martin de Padilla, y el Adelantado de Castilla, acamparon con dos estandartes de la armada; tambien las banderas de mi capitán y de Lidl, separadas de la armada, allí fueron trasladadas, y la bandera del capitán Mentel, que despues de su muerte en la Tercera heredó el capitán Antonio de Ladron, fué llevada á Peniche, una villa sobre la mar situada.

Sant Arein es un hermoso, grande y agradable lugar, situado sobre el Tajo á catorce leguas de Lisboa, á cuya diócesis pertenece; no tiene el título de ciudad, sino de villa, porque carece de obispado; tomó su nombre de la vírgen Irene, que en Tomar, porque hizo voto de castidad á Jesucristo, y no quiso sujetarse á los deseos del señor de aquel lugar, fué asesinada, y su cuerpo precipitado al río (que en latin se llama Nabanis, y vulgarmente Rio Tomar), que pasa por allí, y despues desemboca en el Tajo; desde aquel lugar vino el cuerpo de la mártir hasta Capili Cratro (que así se llama de muy remotos tiempos, como hoy día en latin: Capili Castrum, y Scabalis), donde se encontró en la ribera del mercado de pescado; en este sitio está construida una columna de piedra, y en la ribera una hermosa iglesia en su honor; algunas veces se intentó trasladarlo á otra parte, mas siempre se encontró en el mismo lugar; su fiesta se celebra el.... de Agosto. Esta ciudad está dividida en cuatro partes: la parte baja sobre las aguas se llama Ribera; es de bastante extension, es un hermoso sitio con varios edificios é iglesias; la segunda parte tambien baja y más adelante, con una montaña que la separa de la parte anterior, se llama Alfange; aquí paran los barcos, que entran, salen, cargan; la tercera parte alta en la montaña que la separa de la Ribera y Alfange, tiene su nombre de Alcázar; está cerrada alrededor de una muralla separada; parece á una colegiata porque en ella viven prelados; tiene hermosas casas é iglesias, y pertenecé (como se me

ha dicho) á los caballeros de Malta y de la Cruzada.

La cuarta parte, situada tambien en una alta montaña al lado del Alcázar, es, propiamente dicho, la ciudad, cerrada de su muralla especial; se llama maravilla porque allí se manifestó la Santísima Virgen María al Rey Alfonso cuando sitiaba esta ciudad, la arrancó de las manos de los moros, y la conquistó.

En ésta hay una iglesia de San Estéban, que ahora llaman «El milagro». Conservan allí y muestran una forma consagrada, que antiguamente tomó en la Comunión una vieja, la guardó en su boca, luégo la colocó en una caja, para venderla á los judíos. Mas la sangre chorreaba de la caja con tanta abundancia, que salia hasta por la puerta de la casa, y la vieja, llena de angustias, ni podia impedir, ni hacerla desaparecer; por la noche se apercibió allí mucha luz, se oyó música y canto, y por eso sabiéndolo las autoridades de la ciudad, acudieron al lugar, junto con el clero, la llevaron en procesion á esta iglesia, donde la depositaron en una cajita de madera, y cuando volvieron á verla otra vez, la encontraron en otro vaso de materia clara como un cristal. Se dice que eso se hizo *divinitus et miraculose*, porque no se puede saber cuál es esta materia, que no está hecha con la mano humana. La hostia se expone al público tres veces al año, es decir: el dia de San Estéban, lunes de la Resurreccion, y el primer domingo despues de «Quasimodogeniti», que los portugueses llaman Pascuella. Se dice que la ven, segun la fe de cada uno: á unos se manifiesta en forma de un niño, á otras de una cruz, ó de una forma consagrada, ó *diversimode*. Yo la vi dos veces, y siempre en forma de una hostia ensangrentada, como mordida un poco con dientes.

En esta misma parte de la ciudad, hay tambien un enorme y viejo palacio, en que los antiguos reyes, cuando venian, solian vivir; mas ahora, desde algun tiempo atras, ninguno de ellos entra allí, porque se dice que hay una antigua profecía, que un rey dentro de este palacio, ó ha de ser asesinado, ó morirá de repente, ó de muy mala muerte. Al lado de este palacio se pasa á una puerta, fuera de la ciudad, donde se hallan bastantes y magníficos conventos, iglesias, y edificios de la nobleza; se podria decir que aquel sitio forma una quinta parte de la ciudad. Entre otras cosas, en el monasterio de Santo Domingo, hay una caja de cristal entre las re-

jas, colocada en un altar, en que se ve el esqueleto de un monje, que llaman Ira Bernardo, y de dos niños, sus discípulos, que despues de unos cien años sacaron de la tierra y allí los pusieron. La historia que se cuenta sobre estos niños es la siguiente: que éstos fueron hijos de un poderoso señor, entregados al dicho monje para enseñarlos; que él les permitia de un rato á otro pasarse á un claustro (donde se encontraba una estatua de una Virgen, hecha de madera, con un niño en los brazos, colocada donde está hoy mismo), y jugar, segun la costumbre de niños; entónces el niño de la Virgen saltaba de sus brazos, se entretenia, hablaba y jugaba con los dos jóvenes.

Repitiéndose este suceso amenudo, el monje lo observó una vez, y al verlo se asustó, preguntando á los dos niños quién era el tercero, su compañero. Los chicos contestaron, con la sencillez propia de su edad, que era un niño muy alegre, el mismo que con su madre estaba abajo en el claustro; que venia cada vez á jugar con ellos cuando se encontraban abajo, y si tenian su merienda, comia tambien el pan con ellos. El monje al oir todo aquello les mandó que si viniese otra vez á jugar y comer con ellos, le dijese: «¿Por qué comes siempre con nosotros nuestro pan? Tú tienes mucho más y mejor pan que nosotros. ¿Por qué no nos das del tuyo?» Cumpliendo los niños con la órden, el niño de la Virgen les dijo que el próximo dia de Ascension, junto con su maestro, habian de venir á su madre y á él, y que entónces les iba á dar de su pan, que jamas en la vida habian gustado. Con esta contestacion volvieron á su maestro, el cual les enseñó algunas oraciones, y el dia de la Ascension se arrodilló con ellos delante de la estatua, rezando todos, y de repente cayeron al suelo y murieron, y sus almas, como se presume, se fueron derecho al cielo. El niño de madera, que está sobre un arca en que los esqueletos descansan, tendrá $3\frac{1}{4}$ de ana de altura, con calzado de brocado de plata. Cuando lo muestran, es menester besar sus piés.

En el mismo monasterio se halla tambien, al lado de un altar, una pila tallada de piedra, en que dicen que si se echa algun vino torcido, vuelve á su primitivo y buen estado. «Sit fides sicut et in reliquis penes autores» (1). En el coro superior del convento de San Francisco

(1) Acaso es una piedra que absorbe la parte ácida de cualquier líquido.

se halla el túmulo de Fernando, rey de Portugal, con la siguiente inscripcion: «Aqui yaz ho moy nobre Rey Don Fernando filho do muy alto Rey Don Pedro et da Infanta Donna Constanza, filha de Don Johann Manuel, que fino ne Lizbona, no abito de San Francesco, feria quinta xxii dias de Ottobre, Era de Myl. e cccc. e xv Annos».

J. LISKE.

Traduccion de F. R.

(Continuará.)

EL DIA DE TODOS LOS SANTOS

I

LA TARDE.

Érase cuando la tarde
Poco á poco iba cayendo,
Y las sombras de la noche
Avanzaban á lo léjos.
Erase el gran dia de luto:
Feria de tumbas y duelos,
Que la vanidad mundana
Celebra en los cementerios.
Numerosa muchedumbre
Andaba en tropel, bullendo
Por entre las sepulturas,
Adornadas con mecheros,
Coronas, paños y flores,
Cirios, retratos y versos,
Lámparas y candelabros
En número más ó ménos,
Segun era la fortuna
Que dejó al morir el muerto.
Y érase cuando la fiesta,
Como la tarde, cayendo,
Acercábase al final
De su lúgubre festejo.

Las campanas de la ermita,
Con tristísimos acentos,
En su latin repetian:
«*Memento homo, memento
Quia pulvis et cinis es!...*»
Perdiendo sus clamoreos
Entre muchos que el latin
Lo confunden con el griego.
Y unos fumando su puro,
Otros castañas comiendo,
Iban por el camposanto
Como quien va de paseo.
Pero, como ya la noche
Esparcia por los cielos
Oscuridad, que á los más
Valientes impone miedo,
Como al fin el camposanto
Santo campo es de respeto,
Y no siempre la conciencia
Libre está de escrupulejos,

Las gentes iban dejando
El recinto de los muertos,
Unos fumando su puro,
Otros castañas comiendo.

II

LOS SALTATUMBAS.

Terminada la funcion,
Quedaron los sacristanes,
Muñidores y lacayos,
Cuida-velas y danzantes,
Apagando cada cual
Sus blandones y ciriales,
Y amasando la pelota
Que pudieron arrancarles.
—¡Libra y pico—dice uno—
Esta bolilla me vale!...
—¡Y á mí dos—otro responde—
Por la mia ha de pagarme
El cerero, si la quiere,
O sean catorce reales!...
—Yo mis dedos no quemara,
—Un tercero luégo añade—
Por tan poco beneficio;
Mi cosecha, vedla, grande
Mucho más es que la vuestra,
Y pronto vereis cómo arde
Su cera trocada en cena,
Con buen vino y abundante.

En esto el sepulturero,
Del dios Baco respetable
Servidor, les interrumpe
Gritándoles:—¡Ganapanes!
¡Largo de aquí, ladronazos!
Que si no me dais mi parte,
Por lechuzas y mochuelos
Juro que sabré vengarme
De vosotros, gente ruin.
¡Largo de aquí, perillanes!
Temieron al juramento,
Y ofrecióse convidarle
A cenar en la taberna;
Con lo cual, hechas las paces
Quedaron, y todos juntos,
Alegres y amigos, vanse.

Al salir del cementerio,
Cierra su puerta con llave
El sepulturero, y dice:
—No temo que venga nadie
Una noche como ésta
Los muertos á incomodarme;
Que la noche no convida
Para gusto semejante.
Cierro, amigos, por si alguno
Lo que acaba de tratarse
Oyó desde su agujero,
No venga pidiendo parte
De la cena y el vinillo
Que con su cera se pague.
¡Hay debajo de la tierra
Más mosquitos y compadres
Amigos de echar un trago,
Que santos en almanaque!...
Celebróse la ocurrencia,
Y no se le ocurrió á nadie
Que encerrado con los muertos
Uno vivo se quedase.

III

DON JUAN.

Pensativo y cabizbajo
 Un hombre meditabundo,
 Conocido por don Juan
 El hechicero y el brujo,
 Entróse en el cementerio
 Cuando se alejaban muchos,
 Dirigiéndose tranquilo
 A el rincón que hay más oculto.
 Solterón, pobre, modesto
 Y sin tratos con el mundo,
 Vive don Juan ignorado,
 Sin ambicionar el humo
 De las glorias de la tierra,
 Cediendo su parte al vulgo.
 Solitario y retirado
 Entre crisoles y tubos,
 Cachivaches y trebejos,
 Dedicado á sus estudios,
 Pasa la vida del sabio
 Encerrado en su cuartucho.
 Las vecinas de su barrio
 Dicen que don Juan es brujo
 Y amigo de Lucifer,
 Que le ayuda á hacer el unto
 Que se da para volar,
 Convirtiéndose en lechuzo.
 Que en un santiamén recorre
 Toda la extensión del mundo,
 Robando á los inocentes
 Angelitos, no seguros
 De las garras del maldito
 Si están solos un minuto.

Pero don Juan es un hombre
 Que no pertenece al vulgo,
 Y el vulgo es un animal,
 Que á los sabios llama brujos.
 Hace un año, se murió
 Otro que tal, un don Justo,
 Compañero inseparable
 De don Juan, sabio profundo,
 Con quien éste se juntaba,
 Dedicándose al estudio
 De la química, y los dos
 Eran dos mitades de uno.
 Enterrada la mitad
 De don Juan, éste su luto
 No llevaba en el sombrero,
 Según es y será uso;
 Pero al declinar la tarde,
 A la hora del crepúsculo,
 Camino del cementerio
 Ibase meditabundo.

Muchas veces ocurrió
 Que el enterrador, estúpido,
 Para cerrar y quedarse
 A solas haciendo el hurto
 De alguna prenda de muerto,
 Según su costumbre, rudo,
 Acercábase á don Juan,
 Y usando modales bruscos,
 Le decía:—¡Caballero!
 Ya es hora que los difuntos
 Descansen de la visita

De pesados importunos.
 ¡Ya se puede retirar!
 Los muertos, como los buhos,
 Salen de noche á paseo.
 ¡Déjeles hacer su gusto!
 Y don Juan, sin replicar
 Y despreciando á tal bruto,
 Se marchaba pensativo,
 Macilento, taciturno.

Esta noche, ya sabemos
 Por qué razones, no hubo
 Requisa de cementerio,
 Y en él encerrado uno
 Se quedó, que don Juan es,
 Cabe su mitad D. Justo,
 Olvidado de sí mismo
 Y olvidado por el mundo.

IV

CARCAJADA.

Más de un hora solo estaba
 Pensativo y cabizbajo
 Don Juan, en la sepultura
 De su amigo, meditando
 Misterios de vida y muerte
 Que no le descubre el cálculo,
 Ni leyes de la materia,
 De afinidad ni de átomos,
 Diciéndose: ¿Qué es la muerte?
 ¿Y cómo se viene, y cuándo
 Y por qué la vida acaba?
 ¡Todo, todo es humo vano!...
 Componer... descomponer...
 Suma y resta es el trabajo
 Continuo del gran crisol
 En que por igual entramos
 Hombres, montañas y ríos,
 Bosques, templos y palacios.
 Todo nace, vive, crece,
 Va con el mundo rodando,
 Se desgasta y se consume,
 Pasa por los tres estados
 De la materia, recorre
 Los caminos del espacio,
 Y el calórico, la luz,
 La electricidad... ¡el diablo!
 Aproxima las moléculas,
 Que después va separando.
 ¿Qué es la vida? ¿Qué la muerte?
 Dos mentiras, doble engaño:
 Ni se vive, ni se muere,
 Ni el hombre, la piedra, el árbol
 Otra cosa que materia
 Son, que, de forma cambiando,
 Se comprime, se evapora...
 ¡Y siempre elementos, átomos!...
 ¡Materia todo, materia
 Que se confunde en el caos
 De la eternidad, y rueda
 Con uno y con otro astro
 Por los mundos infinitos
 De los infinitos ámbitos!...

...
 ...
 Cuando así don Juan pensaba,
 A sus pies un fuego fatuo

De súbito se aparece
 Como diciendo:—¡Veamos!
 Sapiente don Juan, ¿quién soy?
 Diga, pues que sabe tanto,
 ¿Soy espíritu ó materia?
 ¿Cómo de la tierra salgo?
 ¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo?...
 Y don Juan responde impávido:
 —Te conozco. Eres materia
 Procedente de un fosfato
 Descompuesto, y escapaste
 De canillas ó espinazo,
 De médula ó de cerebro.
 ¡Fosfuro desvergonzado!
 ¡Inquieta materia tenue,
 Con tu olorcillo de ajos
 Que á los necios intimidas,
 Esto eres tú, fuego fatuo!

.....

Estridente carcajada
 Respondió al discurso sabio
 De don Juan, y el cementerio
 Se conmovió, vacilando
 Las tumbas, los obeliscos,
 Las cruces y cenotafios.
 Lápidas y monumentos
 Tristemente rechinaron.
 Los sauces y los cipreses,
 Sus raíces y sus brazos
 Sacudiendo, devolvian
 Todos los huesos chupados
 A la tierra, que cubrióse
 De canillas y de cráneos.
 A la escasa claridad
 Que fosfórica llamamos
 Los vivos, miró don Juan
 Pasar revoltijeando
 Las vértebras y costillas,
 Y fémures y omoplatos
 Que, chocándose, crujieron
 Al tropezar en su paso.

Por allá ve cómo viene
 Cual un ciego, vacilando,
 Un esqueleto que anda
 De su calavera falto,
 Con los brazos extendidos
 Buscándola en el espacio;
 Y por la otra parte va
 Uno que desesperado
 Corre en busca de una tibia
 Sobre la otra saltando,
 Ofreciendo dar por ella
 Rótulas, falanjes, fiancos
 Y otros huesos más que lleva
 Entre sus dos secas manos.

Revueltos andan los muertos,
 Entre la tierra buscando
 Cada cuál lo que le falta,
 Con afan por encontrarlo;
 Y así la difunta grey
 Preparábase al sarao
 Que celebrarse debiera
 Por ser noche de los Santos.

Los señores que reposan
 En sarcófago de mármol,
 Hasta más tarde no salen
 De su nicho reservado,
 En donde sus huesos todos

Se conservan sin desfalco;
 Que tambien aquí los ricos
 Son seres privilegiados.

Y el que más quiera saber,
 Porque he menester descanso,
 Al capítulo que viene
 Váyase para buscarlo.

V

AL TOQUE DE ÁNIMAS.

Paciente lector amigo,
 Que hasta aquí hubiste paciencia
 De leer este mi cuento
 Que algo de verdad encierra,
 Oye lo que vió don Juan,
 Soldado de la materia,
 Famoso naturalista
 Que dudaba de la eterna
 Vida del alma, despues
 Que acaba la vida esta.
 Oyelo, lector piadoso,
 Y por los difuntos reza...
 Que para comer castañas
 Tiempo sobrado te queda.

Ocho lentas campanadas
 Sonaron en la alta torre
 De la ciudad, y los ecos
 Las repiten con sus voces.
 Un vago rumor, rodando
 Entre negros nubarrones,
 Va por el aire diciendo:
 —«*Resquiescant y pace, Domine.*»
 Y todos los campanarios
 Repitiendo triste dobles,
 Quedaron mudos, cansados
 De tanto doblar sus bronces.
 Negra, fria, pavorosa,
 Infunde miedo la noche,
 Más para meterse en casa
 Y rezar sus devociones,
 Que no para andar de calles,
 Sin saber cómo ni dónde
 Se aparecerá algun muerto
 Que nos hable y nos provoque,
 Anima en pena, tal vez,
 De difuntos acreedores.

Pero don Juan es un sabio
 Que desprecia los temores
 Del vulgo ignorante, necio,
 Lleno de supersticiones;
 Y sabe que un esqueleto,
 Igual de burro que de hombre,
 Tan sólo es un carbonato
 Bueno para hacer botones.
 Así pues, los ve pasar
 Sin espanto ni temores,
 Ni dar crédito á sus ojos,
 Como quien mira visiones;
 Cuando, entre silbos del viento,
 Una voz aguda se oye,
 Que así dice lastimera:
 —*Ne in furore tuo, Domine,
 Neque nos arguas in ira!!!...*

Respondiéndole otras voces:

—*¡In te solus speravi...*

Non damnatus in furore!...

A estos cánticos se abren
Los sepulcros de señores
Que entre mármol y granito
Sus cadáveres esconden.
A sus piés se alza también
Su amigo, al que reconoce,
Y una mano entre las suyas
Estrechándole, así hablóle:
—*¡Imprudente amigo Juan!*...
¡Esclavo de mil errores,
Tú por sabio eres tenido
En las ciencias de los hombres!...
Hace poco me decías
Con tus locas pretensiones
De humana sabiduría:
«Yo sé de qué te compones,
Inquieta materia tenue...»
Y el cementerio rióse
De tu vana presuncion.
¡Pobre sabio! ¡Sabio pobre!
¡Vuestra ciencia toda es vana,
Y vuestros cerebros roe
Del orgullo el vil gusano!...
¡Ven conmigo! ¡Mira y oye!
Dale su brazo, y don Juan
Cogiéndose de él, siguióle.

VI

LA VELADA DE LOS MUERTOS.

Por entre las sepulturas
El doctor vivo y el muerto
Paseando van del brazo,
Bien oíreis cómo diciendo:

—Dime, Justo, estas legiones
De niños como luceros,
Que alegres cantando van
Sin tocar sus piés al suelo,
¿Quiénes son?

—Estas criaturas

Son los ángeles del cielo,
Son la corte del Señor
Y la gloria del Eterno.
Porque has de saber, amigo,
Por más que seas incrédulo,
Has de saber que el Señor
Misericordioso, viendo
Que los hombres eran malos,
Y las mujeres no ménos,
Que Satanas arrastraba
Tanto de ellas como ellos,
Siendo raro el que guardaba
La ley de sus mandamientos,
Dijo al demonio:—*¡Maldito!*...
¡Ya verás, maldito perro,
Quién de los dos puede más!
¡Tú con vicios y dineros
A los hombres y mujeres
Arrastrando y seduciendo,
O yo adelantando el paso
Y saliéndote al encuentro!
Y dijo al crup:—*¡Baja pronto*
A la tierra; yo te ordeno
Que de cien niños nacidos
Mandes á mi casa al ménos

La mitad, desde su cuna
O del regazo materno!
¡Tú serás el mal terrible!
¡Para tí no habrá remedio,
Y las madres, al nombrarte
Erizados sus cabellos,
Afligidas y espantadas
Sentirán dolor acerbo
Buscando sin esperanza
En doctores su consuelo!
¡Baja, crup, baja á la tierra,
Para no dejarles tiempo
Al mundo, demonio y carne,
Mis enemigos eternos,
De arrastrar en pos de sí
Los grandes y los pequeños!...
Desde entónces, ya lo veis,
Mueren los niños á cientos,
Y la causa de su muerte
No es tal causa, que es efecto
Del amor de Dios al hombre,
Sirviendo el crup de pretexto
Para volar á los niños,
Dejando el amante seno
De sus madres, que los lloran
En tanto que cantan ellos:

CORO DE NIÑOS.

¡Gloria al Dios de las alturas!
¡Gloria al Poderoso Eterno,
Señor Infinito y Santo,
Gloria sin cesar cantemos!

Después que los niños pasan,
Se dirigen á otro centro
Donde se hallan las doncellas
Que de santo amor murieron.
Las que amaron á un ingrato,
Las que hirió Cupido ciego,
Y en su corazón amante
Clavó el dardo de los celos,
Todas ellas, muy hermosas,
Llevan en su casto pecho
Dos heridas. Una abierta
Por el santo, ardiente fuego
Que su corazón inflama
De purísimos afectos,
Y la otra, ya cerrada
Por el bálsamo del tiempo,
Sólo para perdonar
Existe como recuerdo.
La primera les da vida.
Por la segunda murieron.
Como en cántiga amorosa,
Van sus voces repitiendo:

CORO DE DONCELLAS.

¡Si al Dios que adoramos,
Nuestro Padre tierno,
Conociera el mundo
Cuál le conocemos!
¡Si á Jesús amante,
Fuente de consuelo,
Las enamoradas
Abrieran sus pechos!

¿Cómo de la tierra
Ingratos afectos
Ni amores mundanos
Brotaran en ellos?
¡Amor de la tierra!...
¡Dorado tormento!...
¡Quien lo pierde, gana
Amando en el cielo!

Poco á poco visitaron
Todo el recinto completo
De nichos y sepulturas
Que habia en el cementerio.
Unos iban rodeados
De esplendor y de destellos,
Con su frente iluminada
Por brillante nimbo célico;
Otros, cual don Justo, visten
Hábito rojo, sujeto
Por cordel á su cintura,
Cordel requemado y negro,
Que de vez en cuándo arroja
Menudo chisporroteo.
Eranse los que se hallan
En el purgatorio ardiendo
Y purificando su alma
Por más ó por ménos tiempo.
Los que se hallan condenados
Per in sæcula al infierno,
Desnudos de ropa y carnes
Andaban sus esqueletos,
Por los ojos y la boca
Arrojando vivo fuego.

VII

LA MADRUGADA.

La del alba clareando,
Bañaba con mil fulgores
Las crestas de las montañas
Que cierran el horizonte.
A su alegre claridad
Huyen sombras de la noche,
Replegándose al Ocaso,
Por donde se van y esconden.
Muchos esqueletos andan
En distintas direcciones
Buscando su tumba ó nicho,
Y otros mil se descomponen,
Que sembrando van sus huesos,
Calaveras y eslabones
Por la tierra, que los traga,
Así como el mar absorbe
A los náufragos y al barco,
Sin saber luégo por dónde.
Don Justo y don Juan tambien
De la sepultura al borde
Llegaban cuando salió
Uno de estos dos señores,
Y al otro le dijo:—Amigo,
Ya me están llamando á voces,
Que no puedo resistir.
Toma este cordon, y oye:
Te conozco; eres un sabio
De la tierra, y cuando tornes
A tu casa, dudarás
De todo lo que esta noche

Has visto en el cementerio.
Pronto, muerto, á las regiones
Donde me hallo tú vendrás,
A purgar por tus errores
Como yo purgo los míos.
Esta prenda para entónces
Me devolverás. Procura
Ocultarla de los hombres,
Y analizala si puedes
En tus hornos y crisoles.
¡Que Dios te ilumine, Juan!...
¡Que tu espíritu conforte!...
Dijo, y desapareció.

La sepultura cerróse,
Y la luz de la alborada,
Ya triunfante de la noche,
Despertaba los jilgueros,
Alondras y ruisenores.
Luégo alegre una campana,
Desde lo alto de una torre,
Llamaba á los feligreses
Que la primer misa oyen.
Luégo rechina la puerta
Girando sobre sus goznes,
Y entrando el sepulturero
Por ella, decia á voces:
—¡El maldito tabernerol!...
Sin decir oste ni moste,
Lo bautiza de manera
Que apenas le deja el nombre...
Y vacilando, tropieza
Hasta dar terrible golpe,
Que tendido como un sapo
Me lo dejó al pié de un poste.

Don Juan, pensativo, mudo,
Entre sus manos esconde
La ñudosa negra cuerda,
Cuando ve á su lado un hombre
Embozado en pobre manta;
Que acercándose así hablóle:

—Buenos dias, caballero,
Le dé Dios. ¿Me dirá dónde
Se entierran los angelitos
Que son hijos de los pobres?
¿Dónde cavo sepultura
Para éste que de Dios goce,
Ya que á su madre lo roba
El que todo lo dispone?
¡Estaba tan bueno ayer!...
Y empezó tose que tose...
¡Pícaro mal!... ¡Garrotillo!...
Los médicos no conocen
Remedios contra este mal...
Y esto diciendo, le corren
Por su pálida mejilla
Tres ó cuatro lagrimones.

El doctor escucha atento,
Y medita y se recoge
Recordando cuanto vió
En la ya pasada noche;
Y despues de breve pausa
De este modo le responde:
—No se aflija, buen amigo,
No se aflija usted ni llore,
Que su niño está con Dios...
¡Yo lo he visto!... Y en su nombre
Vamos á cavar su huesa.
Sígame, que yo sé dónde
Los hermanos de este niño
Sus cadáveres esconden.

VIII

CÓMO PAGA DIOS.

El doctor y el padre juntos
A un cuartel pequeño llégan,
Donde están las sepulturas
Que llaman de la inocencia.
Allí, entre los dos, cavaron
Una más, poniendo en ella
El cadáver, que los dos
Antes de ponerlo besan,
Y con lágrimas regado
Cubren su cuerpo de tierra.

El pobre padre recoge
Su azadon, su manta vieja,
Y la mano de don Juan
Humilde á sus labios lleva,
Diciéndole á media voz:
—Dios le pagará tan buena
Obra como usted ha hecho,
Que Dios á los buenos premia.
Y entónces sintió don Juan,
Acaso por vez primera,
Cómo Dios paga al contado
Y en qué clase de moneda,
Moneda mejor que el oro:
¡Alegría de conciencia!...—
Ambos, sin hablarse, salen,
Y, al pasar por una iglesia,
Que á su paso se encontraba,
Sin hablar palabra, entran.

EPÍLOGO.

Una mañana de Mayo,
A seis meses de la fecha
De que trata nuestro cuento,
Subian por la escalera
De una pobre casa muchos
Que se empujan y atropellan.
Hombres, mujeres, chiquillos
De la vecindad entera
De la casa del difunto
Son los que suben por ella.
Y charlando unos con otros
Se decian:—¿Quién dijera
Que tal hombre como un santo
Abandonara la tierra?
—¡Yo por brujo lo tenía!
—¡Yo por un ánima en pena!
—¡Yo por el mismo demonio!...
Añadió luégo una vieja.
Y en esto un anciano cura
Que en el cuarto los espera,
Oyéndoles, así dijo:
—¡No juzgueis por la apariencial
Todo cuanto poseyó
Don Juan á los pobres deja;
Y para que os lo reparta
Fuí nombrado su albacea.
Sólo al morir me encargó
Que le guardase una prenda,
Y ceñida á su cintura
Que lo enterraran con ella.
En el pobre cuarto entraron,

TOMO XIV.

Donde ardian cuatro velas...
Todos la cabeza bajan
Y arrodillándose, rezan...
Pero la curiosidad
Mujeril nada respeta,
Y al ver á don Juan vestido
Con hábito que una cuerda
Le ciñe por la cintura,
Y ademas tiene sujeta
Entre las cruzadas manos
Pálidas como la cera,
Todas al cordon miraban,
Diciendo unas:—Es de seda.
Otras:—De cáñamo ó lino.
Otras:—De lana muy negra.
Y hay quien dice que es el rabo
De alguna terrible fiera,
Dragon de tamaño enorme
O extraordinaria culebra.
Por fin una modistilla
Mete mano á sus tijeras
Para cortar un poquito
Y dar fin á tal reyerta;
Cuando al acercar su mano,
Sin mover labios ni lengua,
Dicen que dijo don Juan
De cadáver con voz hueca:
—¡Vecinas, por Dios, vecinas,
Yo les ruego que esta cuerda
No profanen, pues la debo
A su dueño que me espera!

Espantadas y en tropel
Bajan por las escaleras,
Y en la calle, todavía
Que don Juan las sigue piensan.

JOSÉ MARIN BALDO.

LOS MONJES ARTISTAS DE TEGERNSEE

(BAVIERA)

En el pintoresco país de la *Walhalla*, que se llama Baviera, á siete leguas de Munich, está el pueblo de *Tegernsee*, que en la Edad Media empuñaba el cetro de las artes con sabia y vigorosa mano, circundando á su convento, esa academia del arte, una diadema de gloria que despedía rayos de vivísima luz. Los benedictinos de Tegernsee se remontaron hasta las alturas donde sólo al genio es dado llegar. No hay historia más brillante que la de aquella abadía, que siendo fundada por los príncipes hermanos Adalberto y Oscar, en 719, se preciaba de sesenta y tres abades, muchos de ellos artistas y protectores de poetas, y que se secularizó en 1803.

Dicen que los monjes de Tegernsee robaron al iris sus colores, y trasladando la luz

celeste al cristal, pusieron ventanas de vidrios pintados en las catedrales, iluminándolas con el mágico encanto de diamantes, zafiros y rubíes, pues la luz vulgar del día no parecía digna de brillar en los espacios sublimes donde viven los celestiales é insondables misterios. Los inventores de la divina pintura vítrea, que se dedica á glosar el sentido simbólico de la religion, parece que se inspiraban en el Apocalipsis, que dice del Jerusalem celestial: «Las calles de la ciudad eran oro tan puro como cristal transparente. Las iluminaba la gloria de Dios». La pintura vítrea, que derramó un misterioso crepúsculo en los templos del Señor, despertaba el asombro del mundo y la inspiracion de los poetas, poniendo en los labios del trovador Vidal, por los años 1200, estas palabras: «Así como el que mira extasiado el esplendor de un vidrio pintado, mi corazón se llena de alegría al ver ofuscado, ¡oh dueña mía! tu belleza peregrina». La pintura vítrea se encargó de adornar, no sólo los santuarios de Dios, pareciendo las vidrieras oficio divino pintado, nidos para los ángeles, sino también el templo ideal del santo Graal que describió en su poema titulado *Titarel el Menor* el Dante alemán, Wolfram de Eschenbach, y que sirvió de modelo al emperador Luis el Bávaro para su iglesia catedral de Ettal. En la pintura vítrea, que se consagraba á Dios y al santo Graal, se inspiró hasta el misticismo, pues en la catedral de Strasburgo, cuyas filigranas, como dice un escritor español, parecen hechas por los plateros de Córdoba en el siglo xv, ó por los artistas árabes de la corte de Boabdil, exclamó el gran predicador Taule: «El sol ilumina la ventana, y cualquier color que tenga el vidrio lo toma el sol. Lo mismo lo hizo Nuestro Señor Jesucristo derramando sus rayos en el puro, en el cuerpo de la dulce Virgen, y de ella tomó la humanidad sin perjudicar á la virginidad pura».

Una nieta de Garlo-Magno, la hija de Luis el Germano, Berta, abadesa del Franmenünster de Zurich, pintaba ya ventanas llanas, según en 876 escribió el monje Ratperto de San Gallen á su compañero el doctísimo Nosker, en una poesía, diciendo:

«Sicque fenestrarum depinxit plana colorum Pigmentis laquear pigmentaque arte manaque Artifici, et fucis, quadrato ab orbe petitis. Ut superaretur ita ab his, ipsum ve ut herba. Vicisset viles, vario vel floru placentes.» Pero eso no fué la verdadera pintu-

ra vítrea, que es el esmalte. El secreto de éste lo tenían los monjes de Tegernsee, que sobrepujaban á todos por el cultivo de las artes, de la poesía y de las ciencias, y por la riqueza de su monasterio, pudiendo el abad de Tegernsee, como dice aún hoy el proverbio, cuando haga una excursión á Roma, dormir cada noche en una casa suya.

Para demostrar que la pintura vítrea se debe al convento de Tegernsee, el profesor Sepp (1) se funda en una carta que en Diciembre de 999 el abad Gozberto de Tegernsee, que gobernaba el convento desde 983 hasta su muerte, acaecida el 22 de Enero de 1001, dirigió á un conde, de nombre Arnaldo. Dice la epístola del ilustrado abad, el Mecenas de aquellos tiempos, que pasaba los días estudiando y las noches orando: «Habeis enaltecido nuestro pueblo con obras de tanta valía que no conocieron los tiempos anteriores, ni que nosotros hemos imaginado poseer jamás. Hasta ahora las ventanas de nuestra iglesia estaban cubiertas con viejos paños. En los tiempos felices de usted, el sol de cabello de oro brilla por primera vez por vidrieras pintadas hacia las losas de nuestra basilica (2). Los corazones de todos los que las contemplan se llenan de mil alegrías admirando la variedad de esta obra insólita del arte. ¡Oh! ¿Dónde en el mundo entero hay un lugar decorado con adorno semejante? Vuestro nombre debe por eso celebrarse en las oraciones de día y de noche, y para que también los nombres de todos vuestros deudos se transmitan á la memoria, servíos inscribirlos sobre pergamino y mandárnoslos por conducto del mensajero presente. Remitimos á vuestro juicio si quereis examinar á aquellos muchachos si ya están bastante enterados de este trabajo, ó si yo descubro en ellos un defecto, sea permitido mandarlos á usted para que mejor se instruyan».

Esta es la única fuente que tienen los que, como el profesor Sepp, reclaman para Tegernsee el honor de haber inventado la pintura vítrea. Pero la citada carta, según la entendemos nosotros, expresa lo contrario, demostrando que aquel arte se ejercitó ántes

(1) Véase la obra del profesor Sepp, titulada «Folleto escrito con motivo de la colocación de las ventanas memorativas en el convento de Tegernsee, recordando que éste fué la cuna de la pintura vítrea». — Munich y Leipzig, 1878.

(2) Hé aquí las palabras del original: «Auricomus Sol primus infulsit per discoloria picturarum vitra».

en otro lugar que Tegernsee. Lo cierto es que bajo el sucesor de dicho Gozberto, el abad Beringer hacía una renombrada vidriera en el convento de que hablamos, y que las más antiguas vidrieras de pintados vidrios losanjeados que se conocen, se deben al mismo monasterio que se refleja en el lago de Tegernsee.

Es lástima que los primitivos vidrios, de que hablaba Gozberto en su carta dirigida á aquel desconocido conde (1), se hayan perdido en el incendio de 1035, encargándose de reemplazarlos con cinco vidrios nuevos, bajo los auspicios del abad Everardo II, que gobernaba el convento desde 1068 á 1091, el ilustre monje *Werner*. ¿Quién no admira el genio universal de éste, que ocupa sin contradicción la página primera en el catálogo brillante de los esmaltadores alemanes? Ese *Werner de Tegernsee* fué á la vez autor de anaglifos, fundidor en bronce, miniaturista y esmaltador. Si el convento que se precia de este monje artista no es, pues, la cuna del arte de esmaltar, tan lleno de místico arrobó, es por cierto uno de los lugares donde éste se cultivó primero.

Como las más antiguas ventanas pintadas que se han conservado, mencionaremos las que se ven en la parte meridional de la catedral de Augsburgo, representando las figuras poderosas del rey David, de Moises y de los profetas Jonas, Daniel y Oseas, y según ha demostrado en 1860 el archivero señor Heuberger, salieron éstas de la fábrica de Tegernsee, dándonos una prueba de la perfección que aquel arte había alcanzado ya á principios del siglo XI.

Nació, pues, según todas las probabilidades, la maravillosa pintura vítrea en las brumas del Norte, que envuelven la naturaleza, como si quisiesen ocultarnos á Dios, y conquistó después los otros países, y también la tierra cuyo cielo azul y limpio parece ser un reflejo de la pupila del Sér Supremo, la hechicera España. Ésta debe á los Países-Bajos sus primeras vidrieras pintadas, teniendo las ciento noventa ventanas que se admiran en la catedral de Sevilla, y que representan cuadros de Alberto Durero, de Rafael y de Miguel Ángel, por autor á Arnaldo Hort, natural de

(1) Unos, como el Sr. Sigharl, creen que ese Arnaldo era el conde de Lambach, padre del obispo Adalbero de Wurzburg, mientras el profesor Sepp lo supone idéntico con el conde de Vohburgo, y el Sr. Segismundo Riezler opina que aquel Arnaldo era el conde de Diessen.

Flandes, costando cada ventana mil ducados. Mientras florecía la agricultura gótica todas las catedrales y claustros de Alemania se llenaron de vidrieras pintadas, esas maravillas fulgurantes, figurando entre las más antiguas las que adornan el coro de la iglesia de San Cuniberto de Colonia, y que tienen la fecha de 1236, representando el árbol de costados de Jesús, que lleva en sus ramas á los patriarcas, brotando de la cima, como de un loto la Virgen con el Niño.

Con los hermanos Van Eyck, que bañaban su pincel en la luz, data una nueva época en la pintura vítrea, rivalizando ésta con la pintura al óleo en producir sobre el vidrio todas los matices, desde el efecto más claro hasta el oscuro. Pero después de transcurridos siete siglos desde las primeras vidrieras, se olvidó aquel arte como un sueño. Por fortuna renació á principios del siglo actual en el país de la *Walhalla*, á siete leguas de Tegernsee, en Benedicubeuern. El que lo despertó á la vida se llama Segismundo Frank, que nació en Nuremberg en 1770, de una pobre frutera, y el fundador de la *Walhalla*, el rey Luis de Baviera, ofreció al mundo el nuevo arte. Él regaló á la catedral de Colonia las famosas vidrieras que se hicieron desde 1844 á 1848, y que son objeto sagrado de admiración del viajero que las contempla. Junto con Frank contrajo el arquitecto y pintor Maximiliano Ailmüller los mayores méritos respecto á la pintura vítrea, y hoy está al frente del Instituto real de pintura vítrea de Munich el Sr. Zettler, á quien tuve el gusto de conocer en Ulm, cuya catedral se enorgullece de las clásicas vidrieras pintadas en 1480 por Juan Cremer y Juan Wild.

Pero me he alejado de mi objetivo, que consiste en hablar de los monjes artistas y poetas de Tegernsee. De este convento salió el sucesor del esclarecido obispo San Bernwardo de Hildesheim, aquel célebre *San Gotardo*, que se hizo mediador entre las artes y ciencias romanas y bizantinas y Alemania, mereciendo la misma veneración en su patria como en Italia, y ser llamado patrono del paso más alto que une á ambos países, el paso de San Gotardo (Suiza). Nació Gotardo en 961, en las inmediaciones de Niederaltaich, y fué obispo de Hildesheim en 1022. ¿Quién no conoce á *Froumundo*, el autor del poema titulado *Ruotlieb*, cuyo protagonista, después de haber recorrido el mundo, vuelve rico en experiencias y sabiduría á su madre acongojada? Este monje poeta, que se inició en 1007

fué el primero que escribió sobre la fundición. Se deleitaba con Horacio y Juvenal, estudiaba las epístolas de Ciceron, é hizo suyo el estilo de Salustio, escribiendo las cartas más alegres y los versos más hermosos. Obsequió en Tegernsee con un saludo poético al duque de Baviera, y despues emperador Enrique II, el único hijo de la Baviera, vieja á quien la Iglesia ha canonizado desde ocho siglos. Para su epopeya *Ruotlieb* le proporcionó á Froumundo el pergamino el abad Gozberto, de quien hemos hablado ya, miéntras al mismo tiempo en Tegernsee se fundieron en bronce las imágenes de las puertas de la catedral de Augsburgo.

No se limitó á eso el arte de los sabios benedictinos.

¿Quién no admira la famosa *Biblia pauperum* de Tegernsee, que ostenta excelentes dibujos de pluma?

En el convento de Gozberto vivió en 1060 el monje *Metello*, autor de las primeras canciones pastorales y de un himno en honor de San Quirino. Atraído por la gloria del monasterio y la belleza del lago de Tegernsee, llegó allí para templar su laud sonoro el cantor del amor *Walter von der Vogelweide*, á quien las musas guiaron al Pindo. Y en Tegernsee se estrenó en 1189, bajo los auspicios del abad Mangold, ante el emperador Federico Barba Roja, el grandioso drama lleno de pensamientos eminentemente germánicos, que se titula: *De adventu et interitu Antichristi*. Aquel drama se atribuyó á un monje de nombre Werner, pero el profesor Gerardo de Zezschwitz, que lo publicó en Leipzig en 1877, declaró eso como mera ficción. En Tegernsee se adornó con láminas brillantes el famoso *Canto á la Virgen*, que atribuyeron también al mismo Werner; pero así como en San Gallen habia muchos Ekkehardos, habia varios *Werner* en Tegernsee, astros brillantes, de los cuales cada uno describe su órbita y alcanza luz propia.

Del convento se hizo un palacio real en 1817; pero «¡Gloria, gloria á sus monjes!», repetiré ante sus monumentos literarios y artísticos, ante grandeza tanta alborozado.

JUAN FASTENRATH.

Colonia 13 de Octubre de 1879.

LA CALLE DE LA AMARGURA

Todos la recorremos. Desde el momento mismo en que nacemos, demostramos claramente que es la amargura el porvenir que nos espera. Cuando nos llevan al templo; cuando el sacerdote, cumpliendo los sagrados deberes de su ministerio, introduce en nuestra boca la *sal*, son tantos los gestos que hacemos, tantas y tan expresivas nuestras contorsiones, que claramente se advierte que protestamos. ¿De qué? ¿De haber nacido? No. ¿De ser bautizados? Tampoco. ¡De la *amargura* que la *sal* nos produce! Y aquí empezamos á padecer, como decia el *otro*, ese *otro*, autor de todo lo que no dice nadie.

Salimos del templo. Regresamos, ó hablando con propiedad, *nos regresan* á casa, hecho todo un cristianito, como á gritos le dicen á la mamá los padrinos y el acompañamiento, entre los *discordes-acordes* de la empedernida murga, y de ciento, los noventa y nueve recién nacidos continúan llorando *amargamente* como si se encontrasen en una situación crítica de su vida; lloran instintivamente, pero no llorarian ménos si comprendiesen su situación. ¡Nacer! ¡No podia haber hecho peor cosa! ¡Cuántas veces, en el trascurso de su vida, se arrepentirá de semejante acto! ¡Cuántas le pesará haber nacido!

Demos *un pase por todo lo alto* á la infancia, ó lo que es igual, pasemos por alto una dichosa edad, á la que muchos quisieran volver á cada momento, y de la que mentira me parece haber escapado (tal sería ella), para llegar á la no ménos dichosa de la juventud, al decir de los viejos, que aseguran ser la mejor, lo cual consiste en que, como la edad de la senectud es la que más se aproxima á la muerte, siempre tan temida, la infancia, la pubertad, en una palabra, todas las edades que están más léjos de la terrible parca, son indudablemente las mejores. Dicen que todos los viejos tienen gastada la vista. Niego. Nadie como los ancianos *para ver desde léjos*.

Como la muerte está al *fin de la vida*, los que están cerca de ella claro es que ven las edades primeras del hombre desde muy léjos.

Pero... divagamos. Me deshago hacia tí, lector querido, en el almíbar del agradecimiento por tu paciencia en escucharme, y vuelvo con la imaginación á la juventud, único medio de que dispongo para volver á ella.

No hay jóven que á caminar empiece por la entónces suave pendiente de la vida, que no lleve su maleta (vulgo corazon) atestada de ricas ilusiones. Las cuerdas que sujetan la maleta son las fibras más delicadas de su alma, y cuántas no serán las ilusiones que encierra, que parece que quieren estallar de puro gozo. Dia llegará, si la cuerda no se rompe, en que saltarán una por una todas ellas cortando esas fibras, y perderá en la lucha la maleta. Esto ha de suceder al fin de su viaje.

Hé ahí el jóven. Contemplémosle. Agil, erguido, seductor, envidiable. Sus pasos retumban en el pavimento. Su cabeza se pavonea sobre sus hombros; y ya que hablamos de pavimento y de pavonearse, diremos de paso que no sabe el *pavo...roso* porvenir que le espera.

Está contento. Vive feliz. Su juventud le sonrie. No sabe qué desear, y sin embargo, una cosa *amarga* (ya pareció aquello) su contento y su felicidad. Un deseo germina en su corazon, un leve rumor se levanta en su pecho, un ¡ay! desgarrador se escapa de lo más recóndito de su alma, y presume lo que necesita. Él no sabe que se llama simpatía, amistad ó amor, como el oido profano al arte de Apolo percibe un sonido y no sabe si es *do* ó *mi* ó *re* ó *sol*. Lo único que sabe, ó que deduce, es que su juventud no le basta para su felicidad, y ese ¡ay! desgarrador, ese rumor, ese deseo, vienen á *amargarle* su dicha, su ventura, y hacerle conocer que su juventud debe ser *tenida en cuenta*, su lozanía *tomada en consideracion*, su aptitud *discutida*, y siguiendo los trámites de los modernos parlamentos, su persona *aprobada*.

¿Quién puede, invirtiendo el orden anterior, aprobar la persona de un hombre, discutir su aptitud, tomar en consideracion su lozanía y tener en cuenta su juventud? Una mujer. Hé aquí todo.

Una vez hecho este descubrimiento, ¿qué procede? Buscarla. ¿Quién es la encargada de presentar el modelo? La fantasía. Esa entidad ansiosa que todo lo ve con cristal de aumento preparado con un hermoso barniz de color de rosa, muy hermoso, pero que se cae con el tiempo.

La busca. La encuentra. La ve. La sigue. ¡Oh felicidad! ¡oh ventura! ¡oh dicha! *Eureka*, exclama el jóven siguiendo rápido y convulso los pasos de la bella fugitiva. La ronda, la persigue, le escribe, le pregunta; ella le espera, le escucha, le contesta. Una si-

laba basta: *Sí*. Esta es la chispa. Los volcanes rugen, la chispa los enciende, y brotan como por encanto los fuegos artificiales del corazon. Ya está hecho el daño, digo, ¡el milagro!

El amor encierra tres *amarguras*: cuando se concibe y no se realiza, cuando se realiza, cuando se pierde ó se olvida. El jóven no era feliz cuando no amaba; ahora ama y no es feliz porque ama. ¡Oh, eterno suplicio de Tántalo! ¡Oh, calumniada felicidad, que huyes del mortal con una rapidez vertiginosa, superior cien mil veces á la celeridad del telégrafo!

Hay ocasiones en que la imaginacion, que es madre de la fantasía, tiene las alas tan poderosas, que no obstante la rapidez con que huye la felicidad, la atrapa por un cabello, como á la ocasion se la coge en algunas ocasiones. Esto, traducido al castellano, quiere decir que el jóven infelice y la bella fugitiva se casan. Y aquí volvemos á nuestras anteriores exclamaciones: ¡Oh dicha! ¡oh ventura! ¡oh felicidad! Y exclamamos esto porque el momento no es para ménos.

Ya son el uno de la otra; ya son dos cuerpos y un alma; ya tienen ambos escudo para defenderse de las vicisitudes de la vida; ya están á cubierto de sus asechanzas, de sus ingraticudes, de sus extravíos, de sus peligros, de sus abismos, de sus iniquidades. Ya tienen lo que necesitan.

Mas... ¡Ay! ¿Qué sucede? ¿De dónde proceden esos terribles lamentos que llegan á mis oidos? ¿De dónde esos desgarradores ayes que destrozan mi corazon? ¿De dónde esos ahogados gemidos que contristan mi ánimo? ¡Ah! La implacable mano de la fatalidad se ha complacido malévolamente en alterar la paz de ese matrimonio. Hé ahí la causa de los gemidos. La esposa ha cumplido con su mision. Se ha convertido en madre. Ese sin duda es el origen de los ayes desgarradores. ¡Restablecida la paz, la esposa ha muerto!... De ahí los terribles lamentos que escuchaba.

¿Y ahora? ¿Qué es lo que siente el hombre al ver desparramadas por el suelo las hojas de la corona de su felicidad? ¡*Amargura!* ¿Qué es lo que le sucede cuando contempla inerte y frio el cuerpo de la que fué su amada compañera, de la que fué ¡ay! su escudo para librarse de las iniquidades, de los abismos, de los peligros, de los extravíos, de las ingraticudes, de las asechanzas, en fin, de la vida? ¿Qué es lo que le destroza el corazon? ¡*La amargura!*

La esposa ha muerto. Él vive con sus hijos. Visten un mismo luto; pronuncian las mismas oraciones y en el mismo sitio. Todo sigue lo mismo, menos el color de sus cabellos, el vigor de su cuerpo; aquéllos son blancos; éste se ha perdido. Su llanto no sólo no cesa, sino que va en aumento; reza *amargamente*, pero con más *amargura* cada día.

Los años pasan y el hombre ya se aproxima al ocaso de su vida. Ya ve *desde lejos*, y sin embargo, su vista ha disminuido; ya cuenta el número de dolores que sufre por el número de los años de sus hijos. Ya vacila, ya ronda el lecho del dolor, acaso el de la agonía; ya *amarga* su existencia la idea de que restan pocos granos de arena... ya tiende sus débiles miembros en el lecho... ya necesita aire para respirar... ya oprime con mudo dolor las manos de sus hijos... ya escucha él mismo su terrible estertor... ya es tanta *la amargura* que siente, que le ahoga. Abandona forzosamente á sus idolatrados hijos; no puede velar por ellos, evitarles los peligros de la vida, consolarlos en sus aflicciones... Los mira con avaros ojos; una sola lágrima, más *amarga* que la hiel, surca su flaca mejilla... suspira y muere. Muere, lector de mi alma, muere, y nosotros continuamos... pero ¿adónde?

Te dije al principio que todos recorreremos la calle de la Amargura, y es un hecho. La prueba es que te abandono, pues como ves hemos llegado al cabo de la calle.

ÁLVARO LUCEÑO Y BECERRA.

MISCELÁNEA

TEATROS DE MADRID.

El Real ha dado una representación de *La Favorita* con tres novedades: el debut de la señora Pasqua, la dirección de orquesta á cargo del concertino D. Manuel Perez, y la falta del órgano, tan imprescindible en esta obra.

La primera novedad es de gran importancia. La señora Pasqua tiene bastante buenas facultades vocales y dramáticas, pero no extraordinarias, como nos habian hecho creer, y sabe vencer las grandísimas dificultades de su parte en esta ópera. En otra es posible que brille más. Así y todo, el público la recibió bien y le tributó aplausos.

La segunda novedad ha sido al mismo tiempo una sorpresa, porque el público, que sabe por el cartel que la empresa tiene tres directores de orquesta, no podía dar crédito á sus ojos, apesar de leer el cartelito puesto

en los pasillos, diciendo que por indisposición repentina del maestro Faccio, se encargaria de la dirección de orquesta el concertino señor Perez.

Para los que hemos visto dirigir á Percito (perdónenos que empleemos el cariñoso diminutivo con que todavía le designan muchas personas en el lenguaje familiar), para los que presenciarnos con gran satisfacción la brillante campaña que hizo en el teatro de la Comedia no hace mucho tiempo, dirigiendo varias óperas, no ha sido sorpresa, ni mucho menos, el brillante éxito que ha obtenido en la dirección de *La Favorita*. Este hecho es una verdadera consagración. Ya tenemos, pues, un nuevo director.

Explicada la novedad, pasemos á la sorpresa. Pero ésta no ha tenido hasta ahora, ni tendrá probablemente, como no sea *sotto voce*, explicación satisfactoria. ¿Cómo teniendo el Teatro Real tres directores de orquesta, tiene que encargarse de dirigir otra persona cuando se pone enfermo uno de ellos? El maestro Breton, por su parte, ha procurado explicar el enigma; pero como sólo dice en un comunicado que estaba dispuesto á aceptar el compromiso, y si no lo realizó fué por consejo del maestro Faccio y la conveniencia que se le indicó de que permaneciera al frente de los coros en una ópera tan comprometida para éstos, la verdad es que resulta explicada una pequeña parte del rompecabezas, el cual en lo demás aparece más oscuro que ántes.

El maestro Barbieri, por su parte, dice que no tuvo conocimiento de la enfermedad del Sr. Faccio y de su sustitución por el Sr. Perez hasta que vió esto último en la representación, y que ahora no quiere dimitir, porque no. Sigue, pues, la oscuridad.

El empresario también publica otro comunicado y trata con mucho desprecio al señor Barbieri. Al Sr. Rovira, por lo visto, todo le está permitido.

Aunque pudiéramos, no trataríamos nosotros de hacer luz, porque quizá habria que acudir á razonamientos de índole privada. Lo único que podemos decir es que, cualesquiera que sean las causas íntimas de estas cosas raras que suceden en el Teatro Real, toda la culpa, toda la responsabilidad y todas las consecuencias, si las hubiera, recaen lógicamente y naturalmente en la empresa, que, por lo que vamos viendo, es la más desorganizada que ha existido en el Teatro Real, donde hemos tenido buenos modelos en este género.

La tercera novedad es un verdadero escándalo que en ninguna parte se hubiera consentido. Quitar el órgano, malo y todo, que existia, y sustituirlo con un acordeon ó cualquiera de esos pequeños y defectuosos instrumentos, propios para entretener á los niños, ¡y esto en *La Favorita*, ópera en cuyo cuarto acto hace el órgano tan gran papel! sólo se le ha podido ocurrir á la actual empresa, que parece inspirada por sus mortales enemigos. No se queje de éstos el señor Rovira; no debe tener enemigos de ninguna clase, sino amigos muy indulgentes, cuando le han dejado pasar un atentado tan grande y tan incalificable.

El debut de la señora Estéban no es novedad, ó mejor dicho, es una pequeñísima novedad. La señora Estéban dijo su parte como pudo, y gracias. El Sr. Gayarre ya está juzgado en esta ópera, de lo cual debe felicitarse el gran tenor, porque si se le hubiera de juzgar por la representación á que nos referimos, algo padecería su reputación; porque la verdad es que está delicado de salud en la actualidad. Canta porque de los tres tenores es Gayarre el único disponible, como parece que de los tres directores de orquesta es el maestro Faccio el único que en concepto de la empresa puede dirigir *La Favorita*. Verger, bien. El bajo Víctor Petit, mal, bastante mal, y la dirección de escena, peor.

—El teatro de la Zarzuela, exhausto de novedades este año, por lo que vamos viendo, sólo ha dado en la semana última una zarzuelita en un acto de poquísima importancia, titulada *Amor que empieza y amor que acaba*, letra del extenor Sr. Dalmau y música de Fernandez Caballero; y para entretener á sus abonados y dar variedad á su cartel, ha presentado una sola noche el llamado *Sexteto sueco*. Compónese de seis discípulos del Conservatorio de Stockolmo, formando un corito que produce bastante buen efecto. Sabido es que la afinación es la cualidad distintiva de los artistas escandinavos, como demostraron en París no hace mucho los estudiantes de Upsal y Cristiania. El Sexteto sueco, que traía bastante reputación en este sentido, no la ha desmentido, y se ha hecho aplaudir con justicia en cinco piezas muy características. Del teatro de la Zarzuela ha pasado el Sexteto sueco al de la Comedia, y no sabemos si irá recorriendo de este modo todos los teatros de Madrid. De todos modos, el público sale muy complacido de estas audiciones.

—El Teatro Español ha encontrado el autor que necesitaba para romper el hielo. El señor Cano, autor de *Los Laureles de un poeta* y de *La Opinión pública*, obras ambas que dieron motivo cuando su representación á largas y apasionadas polémicas, ha conquistado con su última producción, *La Mariposa*, un lugar preferente entre nuestros primeros dramaturgos, y se ha colocado en él separándose de la senda que emprendiera con tanto arranque como poca fortuna al escribir las obras citadas.

La Mariposa es la felicidad, gusano despreciable para todo aquel que, como el niño del delicado apólogo que pone en labios de *Martina* el autor, confunde la bondad con la hermosura, y sólo se considera feliz cuando el gusano, convertido en mariposa, incita á la posesión de tanta luz y de tan variados matices. La felicidad es el amor para la mariposa, esto es, para *Martina*, bellísima creación del Sr. Cano, que merecería sólo por ella los plácemes de cuantos aman la belleza por la belleza misma, si no los hubiera logrado antes con la galana forma de que ha sabido revestir su obra.

Versificación correctísima y fácil, sobriedad en la frase, profundidad en los pensa-

mientos, todo lo externo es admirable en *La Mariposa*, que vivirá largo tiempo sobre la escena sin quemar sus alas.

No ha sido tan feliz el Sr. Cano en los resortes de que se vale para el desarrollo de su interesante fábula. El acto primero, que podía pasar muy bien por uno de los mejores de Breton ó Serra, sería completo si el autor, ménos impaciente en demostrar su tesis, hubiese reservado, una vez ésta planteada, para el segundo y tercero los efectos que acumula al final del primero, y que fatigan al espectador, sin que consiga llevar á su ánimo el convencimiento de lo real de los sucesos ocurridos en brevísimo espacio de tiempo, y expuestos por todos ménos por aquellos que eran los llamados á exponerlos. El acto segundo es el más inferior de la obra, y las escenas entre el protagonista y el empleado del teatro, y aquél y el niño de la bordadora, poco dignas del talento del Sr. Cano y de su conocimiento de los efectos teatrales, sentarían bien en un melodrama, se despegan de la comedia, y más si esta comedia está escrita como lo está *La Mariposa*.

El acto tercero es la obra. El conflicto, verdadera catástrofe, sorprende por lo inesperado y seduce por el sentimiento artístico de que está saturado. Nada más bello, y nada tampoco más conmovedor que el cuadro con que finaliza la obra, la cual, sólo por esto, debiera haber sido titulada por el Sr. Cano drama ó tragicomedia, nunca comedia, como lo ha hecho, él sabrá por qué.

De todos modos, y sea cualquiera el nombre de la producción, el hecho es que acusa un adelantamiento grandísimo del Sr. Cano en el arte, y promete otras que proporcionen días de gloria á la patria escena.

La interpretación merece tantas alabanzas como la obra misma. La señorita *Mendoza Tenorio* ha sido parte principalísima en el éxito, y dudamos mucho que haya hoy en el teatro actriz que pueda igualarla en el desempeño de su difícil papel. *Martina* representará en la historia artística de la señorita Mendoza Tenorio un gran acontecimiento, pues ha determinado su posición como primera actriz en el primero de nuestros teatros. La señorita Calderon ménos mal que en otras obras.

El Sr. Vico admirable en el primer acto, donde demuestra sus felicísimas aptitudes para el género cómico. En el acto segundo muy bien, especialmente en la descripción de la toma de Peña-Plata, que dice con gran vigor, y digno compañero de la señorita Tenorio en el tercero. Los señores Jimenez y Calvo (D. Ricardo), muy bien. El Sr. Alisedo... nos hizo muy sensible la falta de Mariano Fernandez. ¡Qué asistente nos hemos perdido!

Anúnciase, para cuando terminen las representaciones de *La Mariposa*, *Don Juan Tenorio*, y para después *El Alma y el cuerpo*, comedia del Sr. Herranz, en la cual tomarán parte los Sres. Vico y Calvo (don Rafael).

—*El Primer galán* es el título de un juguete cómico estrenado en el teatro de Eslava con

buen éxito. Los carteles no determinan por completo la paternidad de la obra, pues sólo dicen ser de D. Eusebio Blasco. Nosotros creemos que el Sr. Blasco no es sino padre adoptivo, puesto que durante la representación de los dos actos tuvimos tiempo de recordar nada ménos que tres obras francesas, *Paturel*, *El Sombrero de un relojero* y *Las Cascadas*. Sea de ello lo que fuere, el Sr. Blasco ha conseguido mover á risa á los espectadores, único objeto que se proponía indudablemente.

—*Siguiendo la pista* es un arreglo en verso de la obra francesa *El Afinador*, hecho por los Sres. Navarro y Escudero, con discreción. El Sr. Castilla se distingue en la interpretación del protagonista.

—En *Varietades* hemos tenido una sola ocasión que justifique el título del teatro, y ésta con poca fortuna. El juguete *Antojos*, estrenado en dicho teatro, es el segundo ó tercero que conocemos de la comedia francesa *Un Hombre que llora*.

—*Matarse á tiempo* y *El Ascuá en la mano*, obras estrenadas en Martín, han obtenido buen éxito. *Entre sombras*, sainete ó cosa así, no ha tenido igual suerte.

BIBLIOGRAFÍA

Estudios históricos de lord Macaulay; traducción directa del inglés por M. Juderías Bender. Un volumen en 8.º de 440 páginas. Madrid, 1879. Imprenta Central.

Este nuevo libro forma parte de la *Biblioteca clásica*, que tan buenas obras lleva publicadas, y comprende cuatro trabajos de los más notables é interesantes que produjo el claro ingenio de lord Macaulay, á saber: *Guerra de sucesión*; *Conquistadores ingleses de la India*; *Lord Clive y W. Hastings*, y *Federico el Grande*. El primero de los cuales merece ser recomendado especialmente por la imparcialidad y la elevación de las consideraciones que en él se hacen acerca del carácter español en ciertos periodos de la historia, y por la brillante reseña que ofrece al lector del estado militar, político y literario de nuestra patria bajo Carlos V y Felipe II.

El volumen de cuya aparición damos cuenta, se vende al precio de 12 reales en toda España.

* * *

Discurso leído en la apertura del curso de 1878-79, en la Universidad de Salamanca, por D. Gabriel Aparicio Sanchez. Salamanca, 1878. Imp. y lib. de D. Sebastian Cerezo.

* * *

Manual administrativo de sanidad terrestre marítima, por D. Fermin Abella, abogado y director de *El Consultor de los Ayuntamientos y de los Juzgados municipales*. Segunda edición.

Puede juzgarse fácilmente el gran interés que este libro tiene para los ayuntamientos, juntas de sanidad, profesores, facultativos, directores de sanidad marítima, empleados de puertos y lazaretos y de la administración provincial, y aún para los mismos particulares en general, con sólo fijarse en los epígrafes de los capítulos que contiene, que tratan de las siguientes materias:

1.º Autoridades y delegados encargados de la salubridad pública.—2.º De los profesores de sanidad en general.—3.º Facultativos de medicina y cirugía y sus auxiliares.—4.º Profesores de veterinaria.—5.º Farmacéuticos y boticarios.—6.º De los intrusos en el ejercicio de las profesiones médicas.—7.º De la venta de medicamentos.—8.º De los premios á los facultativos.—9.º De las epidemias.—10. Policía municipal sanitaria.—11. Cementerios y enterramientos.—12. Médicos forenses.—13. Facultativos titulares y asistencia facultativa.—14. Baños y aguas minero-medicinales.—15. De la sanidad marítima.—16. De la estadística sanitaria.

En cada uno están tratados extensamente todos los puntos que abraza el ramo ó servicio á que se refiere, y después de la parte doctrinal se encuentran las leyes, reglamentos, reales órdenes y demás disposiciones vigentes que corresponden al mismo, concluyendo la obra con dos amplísimos índices, uno general de materias y legislación, y otro alfabético.

Con esas condiciones, este libro, único en su género en España, es completo y de verdadera utilidad práctica para las corporaciones y funcionarios á cuyo uso está destinado especialmente, así como para el público en general.

Forma un elegante tomo de 750 páginas en 8.º frances, impreso en buen papel y con tipos nuevos.

Su precio: en rústica, 20 reales en Madrid y 22 en provincias; en holandesa, 4 rs. más.

Los pedidos al administrador de *El Consultor de los Ayuntamientos*, plaza de la Villa, 4, Madrid.

* * *

Memoria de los trabajos de la Academia y Escuela de Bellas Artes de Valladolid, y Discurso leído por el Ilmo. Sr. Dr. D. Manuel Lopez Gomez, rector de aquella Universidad. Un folleto en folio menor de 54 páginas.—Valladolid, 1879. Imprenta de los hijos de Rodriguez.

* * *

Discurso leído en la apertura del curso académico de 1879 á 1880 en la Universidad literaria de Oviedo, por D. Adolfo A. Buylla y G. Alegre, catedrático de dicha Universidad. Un folleto en folio menor de 64 páginas.—Oviedo, 1879. Imp. y lit. de V. Brid.